

▲ EL PAÍS TEATRAL



SALTO DE FE

EN LO ALTO PARA SIEMPRE
¡RECITAL OLÍMPICO!

CAMILA FABBRI Y EUGENIA PÉREZ TOMAS

 EDITORIAL
INTeatro



EL PAÍS
TEATRAL

SALTO DE FE

EN LO ALTO PARA SIEMPRE
¡RECITAL OLÍMPICO!



Camila Fabbri y Eugenia Pérez Tomas

 EDITORIAL

Fabbri, Camila

En lo alto para siempre : recital olímpico / Camila Fabbri ; Eugenia Pérez Tomas. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Inteatro, 2023.

65 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-3811-90-6

1. Teatro. I. Pérez Tomas, Eugenia. II. Título.

CDD 792.01

Ejemplar de distribución gratuita - Prohibida su venta

Foto de tapa: Carlos Furman (imagen de la obra *¡Recital Olímpico!*)

Dibujos: Lucila Adano

CONSEJO EDITORIAL

María Paula Del Prato

Sandra Franzen

Fabiola Manssor

Gustavo Uano

David Jacobs

STAFF EDITORIAL

David Jacobs

Dirección y coordinación

Graciela Holfeltz

Producción

Patricia Ianigro

Distribución

Laura Legarreta

Asistente de edición

Juan Ignacio Crespo

Asistente de edición

Agustina Periale

Diseño de tapa

Mariana Rovito

Diseño de interior y maquetación

Gabriel D'Alessandro

Diagramación

Sol Correa

Corrección

© INTeatro, editorial del Instituto Nacional del Teatro

ISBN 978-987-3811-90-6

Impreso en la Argentina – Printed in Argentina.

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Reservados todos los derechos.

Octubre de 2023

Primera edición



ÍNDICE

5 PRÓLOGO

19 EN LO ALTO PARA SIEMPRE

43 ¡RECITAL OLÍMPICO!

81 EPÍLOGO: UN BONUS TRACK

PRÓLOGO

Elogio de la caída

POR MARICEL ÁLVAREZ

“Necesito mantenerme la mayor cantidad de tiempo que me sea posible en el vacío infinito que mi cuerpo va abriendo al caer”.

Mario Bellatin, *La jornada de la mona y el paciente*

▲ *En lo alto para siempre*, tanto el texto como la creación escénica de Eugenia Pérez Tomas y Camila Fabbri, toma, del relato homónimo de David Foster Wallace, no sólo su bello título. Hay también, en la obra de estas jóvenes autoras, un clima y un tempo que remiten directamente, aunque de manera autónoma y absolutamente original, a aquel viaje emocional, descrito de manera virtuosa por el escritor norteamericano, entre el éxtasis y el calvario, que hace un adolescente el día en que cumple trece años y está a punto de saltar por primera vez desde un trampolín.

La primera didascalia precisa sin rodeos:

“Virginia está parada en el techo de su casa. Mira hacia abajo. Está calculando la distancia que hay entre su cuerpo y el suelo. Calcula el tiempo que demoraría en caer”.

Virginia transita un duelo que parece –al igual que su dolor– no tener fin. El suicidio de su hijo Pablo ha detonado en ella un estado de ensimismamiento, de fascinación por el vacío.

Su comportamiento nos remite a lo que Sigmund Freud diagnosticara como melancolía en su famoso ensayo sobre el duelo patológico. Lo cierto es que una fuerza tan silente como arrolladora le impide abandonar la terraza en la que, hace ya una semana, su cuerpo y su pensamiento imaginan posibles formas de caer, de lanzarse sin más, hacia el mismo abismo en el cual se aventó Pablo un tiempo atrás.

Lidia, su otra hija, la acompaña y asiste fiel y amorosamente. La viste y alimenta; tranquiliza a la vecina que teme por la integridad física de Virginia y se empeña en enviar, una y otra vez, a un patrullero para poner algo de orden y así recobrar cierta “normalidad” que parece haber sucumbido ante la tragedia; contrata a Emilio, un plomero de enorme sensibilidad que, a pesar de fracasar en su intento por reparar el daño de una cañería que amenaza con sumir la casa bajo el agua, se convierte en un inesperado cómplice e interlocutor, compañía imprescindible allí, en lo alto, en donde Virginia deja transcurrir las horas, abstraída en las más profundas reflexiones acerca de su vida y los últimos días de la de Pablo.

Y está el fantasma, claro. *En lo alto para siempre* es también un relato acerca del fantasma –una categoría en sí misma cuando de teatro se trata–. Pues el de Pablo está muy presente. De hecho, es el cuarto personaje que viene a completar esta cofradía de seres

que, en sus luces y sus sombras, representan la complejidad de nuestra naturaleza como especie en su incansable búsqueda por intentar dar sentido a su paso por este mundo.

En algún pasaje de su conversación con Emilio, Virginia rememora:

“La ansiedad de Pablo. Ni un solo día de paz. Esa mañana me había dicho ‘quiero volver a Potosí’, pero no le hice caso y le insistí en que vuelva a la cama, en que se tome otra pastilla, en que descanse la vista y se encienda los cigarros que quiera. Vio un desfile donde bailaban tinku. Quedó embelesado. La verdad, Emilio, es que prefiero un hijo con los pulmones negros que un hijo con fantasmas en la cabeza las veinticuatro horas, así que sí, le aconsejé que fumara”.

El tinku que ha embelesado a Pablo y por el cual ahora volver a Potosí es una danza folklórica que nace en las comunidades del norte de aquella ciudad y del sur de Oruro en Bolivia, como expresión artística del ritual ceremonial de origen pre-inca y que representa la cosmovisión andina del intercambio entre la Madre Tierra y los humanos.

Virginia es profesora de Filosofía, por lo tanto, un personaje elocuente y articulado. Sin embargo, no será posible, a través de la elaboración de ningún relato oral (el *talking cure* que propone el psicoanálisis como camino hacia la idea de cura), vislumbrar –ni remotamente– algo del sosiego necesario para seguir adelante y poder vivir, ya no sólo existir, con esta pérdida.

Pero es allí, cuando la palabra no alcanza para hablar el dolor, en donde aparece el cuerpo, más precisamente la danza, para evocar lo que no se puede nombrar. La danza como expresión atávica, como manifestación previa a todo pensamiento o concepción intelectual del mundo, es la fuerza que impulsará la necesaria catarsis que libere a los personajes de todo el peso que les impide entregarse de manera irrestricta a la fuerza de gravedad. Y así, más livianos, rendirse a la caída como gesto contrario a cualquier renuncia, como un gesto celebratorio, como ritual colectivo.

“Aparece el fantasma Pablo, no se arroja, comienza a moverse como por encima de un delay de una música que ya no se escucha. Emilio y Lidia empiezan a moverse, también, el baile de cada uno es separado, como si la unión estuviera en lo que no coincide del movimiento. Virginia sube, se suma. Sus cuerpos se mueven como si estuvieran cayendo, transpiran. Parece un ritual. Suena ‘Hand in my pocket’ de Alanis Morissette”.

El autor francés Pascal Quignard reconoce el origen de la danza en el movimiento prenatal, en la oscuridad líquida de nuestra primera experiencia corporal. Al nacer, al “caer al mundo” y aprender las reglas físicas y lingüísticas terrenales, perdemos esa primera danza, sostiene. Es probable que nos pasemos gran parte de nuestras vidas, sino toda, intentando recuperar esa danza, recuperarnos de esa pérdida.

Otra pérdida, la del control, está implícita en la idea de caer. Para Bas Jan Ader, artista conceptual holandés, esta pérdida nos libera. Para él, la caída constituye la expresión máxima de la libertad y potencia el acto creador. Bas Jan, al que podríamos describir como un “maestro” de la caída, se grabó cayendo de un árbol, del techo de su casa, montando una bicicleta en un río, hasta terminar literalmente “cayéndose del mapa” al naufragar en el mar durante su último acto performático que dio en llamar *En busca de lo milagroso*. Nunca se supo ni determinó si su desaparición y muerte fue un suicidio o no.

“Virginia está en el techo. Aparece Pablo, el fantasma, con un traje sensacional. Se arroja. Lo que sigue es mirar a Pablo que cae, una y otra vez, como un atleta o una gacela. Virginia no deja de mirarlo, embelesada. Caer es parecido a un baile. El fantasma baila tinku hasta morir”.

Bailar y caer... En el tramo final de la obra, Lidia, en avanzado estado de gestación, rompe bolsa y parte, rauda, al hospital. Una nueva vida a punto de nacer/caer. Virginia, apoltronada en la terraza, la tranquiliza: *“Andá yendo, Lidia. Va a estar todo bien”*.



ESPEJOS

“Querido Paul,

He estado pensando en las amistades, en cómo surgen, en por qué duran –algunas– tanto tiempo, más tiempo que los compromisos pasionales de los que a veces se considera (erróneamente) que son tibias imitaciones. Estaba a punto de escribirte una carta sobre todo esto, empezando por la observación de que, teniendo en cuenta lo importantes que son las amistades en la vida social, y lo mucho que significan para nosotros, particularmente durante la infancia, resulta sorprendente lo poco que se ha escrito sobre el tema”.

J. M. Coetzee a Paul Auster,

Aquí y ahora. Cartas 2008-2011

La premisa es simple, de una ternura que cala hondo: ¿cómo sería la hipotética amistad entre dos niñas prodigio cuya existencia ha transitado espacios y tiempos distantes entre sí? ¿Cuáles sus conversaciones y complicidades? ¿De qué manera estas improbables amigas podrían confluír en una misma historia? ¿Cuáles las circunstancias de tan extraordinario y fantástico encuentro?

Estas criaturas celestiales son nada menos que las asombrosas –y muy reales– Nika Turbiná (poeta, nacida en 1974 en Ucrania y fallecida en 2002 en Moscú) y Nadia Comăneci (gimnasta, nacida en 1961 en Rumania). Quienes imaginan y llevan adelante la tarea de construir los poéticos cimientos para que este cruce de temporalidades y existencias se materialice son dos amigas y colaboradoras que vienen transitando juntas el camino de la escena y la escritura desde hace ya un tiempo, Camila Fabbri y Eugenia Pérez Tomas. El espacio propicio para que ese encuentro cobre vida, la escena. El medio predominante, aunque no excluyente, para impulsar la acción, un género literario decimonónico, casi en desuso: las cartas.

Cicerón define las cartas como una “conversación de amigos ausentes”; para Séneca, las cartas son precisamente la huella de esa ausencia; finalmente para Foucault, la correspondencia tiene un fuerte vínculo con la idea de presencia, ya que escribir cartas es manifestarse ante el otro, hacerse presente en forma casi física, “mostrarse, hacerse ver, hacer aparecer el propio rostro ante el otro” mediante la palabra y la imagen que se construye de uno mismo a partir del relato. Escribir cartas es escribir para un otro. Esta es la característica fundamental que se encuentra sobre la base del género epistolar.

La carta, entonces, como género literario, como práctica social, como instrumento de escritura al servicio del pensamiento, pero también como diálogo “en ausencia”.

“Nuestras cartas fueron la raíz más fuerte. Tu cuerpo y mi cuerpo se encontraron así, en el mundo de los fantasmas. Eso es feo. Eso es lindo. No sé. Lo real es que nos estuvimos hablando todo este tiempo y me honra. Hablamos las dos y hablamos solas. Qué curiosa es la amistad, ¿no?”.

ACERCA DE NIKA Y NADIA / EUGENIA Y CAMILA

Nika Turbiná, estrella temprana, que cautivó a la Unión Soviética durante los años 80 no sólo con su poesía, sino también por su poderosa manera de recitar, a los dos años ya indagaba sobre la existencia del alma. Con tres años empezó a recitar usando un lenguaje lleno de metáforas e imágenes poéticas que “escuchaba como voces” y que su madre redactaba, y con cuatro escribió su primer poema. Acompañada por su abuela, hizo giras por todo el país, llenaba las salas de los teatros en donde los aficionados a la poesía la escuchaban con fervorosa devoción en los tan populares recitales literarios. A los 11 años recibió el León de Oro de Venecia. Sólo otra poeta rusa lo había ganado antes: Anna Ajmátova, a los 60 años. A los 13 años, empieza paulatinamente a dejar de escribir y su estrella comienza a oscurecerse. Luego de probarse –sin mucho éxito– como estudiante en el Instituto de Cine de Moscú y tras una breve incursión como actriz, su tendencia al aislamiento, así como su adicción al alcohol, se acentúan. En mayo de 2002, con tan solo 27 años,

muere trágicamente al caer del alféizar de un balcón. Nunca se determinó si aquella caída fue un accidente o un suicidio. Al momento de morir, Nika todavía escribía poemas, pero ya no los compartía con nadie.

El 18 de julio de 1976, con tan sólo 14 años, Nadia Comăneci se convertía en una leyenda. Ese día no sólo cambiaría su vida, sino la historia del deporte. La adolescente, con una fuerza impresionante para sus pequeños brazos, concluía su ejercicio de barras asimétricas –una de las instancias más técnicas de la competencia– con una postura perfecta. El puntaje confundió a la joven, a sus compañeras y al público presente: 1.00.

En aquel entonces los marcadores electrónicos de Omega sólo usaban tres dígitos para la puntuación en este tipo de competencias, puesto que era “imposible que alguien consiga un 10 ni en cien años”, como luego algún técnico justificó. Contrariamente a lo que la pantalla señalaba, la artista –¿de qué otra forma llamarla?– había recibido la mejor marca en la historia de los Juegos Olímpicos: un perfecto y rotundo 10.

A los 9, había sido “descubierta” y, a los 13, ya era toda una campeona a nivel nacional en su Rumania natal. Un año después, la épica competencia en Montreal y el puntaje perfecto. Convertida en el arma propagandística más potente de la dictadura de Nicolae Ceaușescu, la joven fue objeto de un crudo seguimiento por parte de los servicios que sumió su vida en un clima de control y opresión. En 1980, luego de incontables medallas de oro, plata y bronce, se retira del deporte. A los

28 años, en 1989, logra cruzar a pie la frontera con Hungría dejando atrás una vida de vigilancia obsesiva y paranoica.

Como criaturas sociales que somos, necesitamos fuertes lazos con nuestros semejantes. Según Aristóteles, la amistad es el estado más virtuoso del ser. Pues más allá de la utilidad o el placer, en una relación de “amistad perfecta”, existe un aprecio sincero por el otro u otra por su singularidad, por cómo es.

Hay una relación especular entre las duplas de amigas Nika-Nadia y Eugenia-Camila. Entre aquellas amigas, a las que el gesto poético de las autoras imagina conspirando una trama de afecto y admiración recíprocos –no por ello carente de desencuentros y sinsabores–, y estas amigas que escriben y dirigen a cuatro manos las piezas reunidas en este volumen. Amigas que deciden compartir –a fuerza de diálogo y consenso, a fuerza de ganar y ceder– uno de los actos más subjetivos y hasta íntimos, el de la producción de imágenes y metáforas a partir de una mirada propia y singular del mundo, el de la creación.

En ambas duplas, se manifiesta la voluntad y el deseo de un estar juntas en el mundo (¿se sostiene de alguna otra forma este paso por la vida?), cuyo principal sostén es la dinámica de una conversación con una otra que, a su vez, es yo misma.

Esta conversación, que suscita en quienes la practican una afinidad a partir de la escucha (¿qué otra cosa es la amistad sino la capacidad de alcanzar cierto grado de virtuosismo

en el rol de receptor de las preciadas confianzas que otro decide compartírnos?), se da en ambos planos: el ficcional, en la trama de la pieza para la escena *¡Recital Olímpico!*, y el real, en la práctica compartida de la escritura sobre el papel y luego en el espacio. Es así como se vuelve simétrica o transversal la relación entre las autoras y sus criaturas, haciendo de la experiencia artística un ejercicio de gran proximidad, de un alto nivel de empatía entre creadoras y obra.



ACERCA DE BONUS TRACK

La fecha prevista para dar comienzo a la temporada 2020 de la sala Sarmiento del Complejo Teatral de Buenos Aires era el 14 de marzo. Ese día tendría lugar el estreno de *¡Recital olímpico!* con dirección escénica de sus autoras. Para ese entonces, ya se vivían días de incertidumbre a escala planetaria. Poco después, la vida quedaba oficialmente en suspenso: las autoridades anunciaban el “aislamiento social, preventivo y obligatorio” de los habitantes de la ciudad. El estreno de la obra –con su escenografía montada, sus escenas ensayadas, sus vestuarios confeccionados– se cancelaba hasta “nuevo aviso”. Apenas tiempo para el ensayo general frente a un puñado de conocidos sentados en una platea prácticamente vacía.

Hoy sabemos exactamente todo el tiempo transcurrido desde ese acontecimiento que vino a modificar radicalmente

nuestras conductas y hábitos de encuentro, hasta poder volver, finalmente, a cierta “normalidad” con la activación gradual de aquellas actividades que, como el teatro –arte vivo, efímero por excelencia, sólo posible frente a una audiencia–, requerían la congregación de nuestros cuerpos en un mismo espacio y tiempo para existir.

Camila y Eugenia se ven forzadas a la pausa y a la separación física. Una de ellas se instala en la Costa Atlántica, en donde ve crecer y dar los primeros pasos a su hijita recién nacida; mientras que la otra transcurre sus días, primero, en soledad, en su departamento de Chacarita; luego, en el de su hermana; luego, en compañía de un amor de aquel entonces, dando así los también primeros pasos en una convivencia amorosa.

Pasará todo un año para que se celebre el estreno tan anhelado. Mientras tanto, nuestras amigas-autoras evocan, a partir de los e-mails que se envían, a las niñas prodigio de las cartas. Otra vez el juego especular.

“Pienso en Nadia y en Nika, ¿qué harían ante una situación así? Correspondencias atravesando campos y cielos plagados de virus. Pero claro, ahora tenemos internet. Qué poco romanticismo”.

(Carta de Camila a Eugenia, 11 de junio de 2020)

El epistolario puede mutar conforme avanza la tecnología y los nuevos medios de transmisión de información en sus formas y en sus medios, pero la fragilidad y el afecto, las instantáneas

que se envían una a la otra, los temores y también las pequeñas victorias cotidianas que comparten nuestras amigas autoras durante el período de confinamiento pandémico nos recuerdan que la amistad, en la figura de la camarada confidente y fiel, aquella en la que nos podemos reflejar, acompaña y completa nuestro recorrido vital sin ningún tipo de distinción epocal.



David Foster Wallace

1

**EN LO ALTO
PARA SIEMPRE**

Para María Onetto

Esta obra fue seleccionada en la “Convocatoria de proyectos teatrales para programación 2018” y se estrenó en la sala Orestes Caviglia del Teatro Nacional Cervantes.

ELENCO

Pablo “Kun” Castro, Delfina Colombo, María Onetto, Marcelo Subiotto

PRODUCCIÓN

Lucero Margulis

COLABORACIÓN ARTÍSTICA

Ignacio Cerói

MÚSICA

Guillermo Pesoa

COREOGRAFÍA

Virginia Leanza

ILUMINACIÓN

David Seldes

ESCENOGRAFÍA Y VESTUARIO

Mariana Tirantte

DIRECCIÓN

Camila Fabbri y Eugenia Pérez Tomas

PERSONAJES

VIRGINIA: madre

LIDIA: hija

EMILIO: un plomero

PABLO: un fantasma

1. UNA ESPECIE DE REGALO

Virginia está parada en el techo de su casa. Mira hacia abajo. Está calculando la distancia que hay entre su cuerpo y el suelo. Calcula el tiempo que demoraría en caer. Esta acción le pesa, le genera temor y ese temor se entiende en su cuerpo. Se oye el repiquetear de unos pies en el suelo, como un dueto que baila descalzo, como el sonido que genera el malambo. El sonido va en aumento. Virginia sigue mirando para abajo y deja una pierna en el aire, bien podría tirarse. Cuanto más crece el sonido, más se acerca la posibilidad. Virginia va a tirarse, está a punto de hacerlo, va a caer.

2. LA MUERTE NO ES EL FINAL

Pablo camina por el filo del techo de la casa. Tiene el salto clavado en los ojos. Es un campeón del arrojo, o un atleta. Pablo es un fantasma.

3. MUNDO ADULTO

Empieza el día. Virginia escucha música del celular que llevó al techo de su casa. Lidia, con panza de embarazo, sube por una escalera. Virginia en el borde. Lo que se oye es Alanis Morissette. Lidia besa a su madre y apaga la música.

LIDIA. — Hace frío, mamá.

VIRGINIA. — Yo no tengo frío.

LIDIA. — Bueno... rarísimo. ¿Vas a querer comer o no? Así no sigo trayéndote tupperes como una idiota.

VIRGINIA. — Me gusta que me traigas tupperes.

LIDIA. — Ayer me crucé con la vecina, me preguntó cómo seguías. Que todas las noches te ve acá arriba.

VIRGINIA. — ¿Silvia de Marco? Qué metida.

LIDIA. — La que rescata bichos: perros, gatos, cobayos, y se los lleva a todos a la casa.

VIRGINIA. — Sí, la mugrosa de corazón grande.

LIDIA. — Le dije que no hacía falta que siguiera llamando al patrullero. Que no nos gusta. Le dije que no te vas a tirar. La mujer no entiende que seas tan oscura, porque tiene el corazón demasiado grande.

VIRGINIA. — Colosal.

LIDIA. — Exuberante.

¿Hasta cuándo, ma?

VIRGINIA. — No sé. ¿Vos te podrás quedar a pasar el día acá arriba conmigo?

LIDIA. — ¿Estás loca? Con el frío que hace.

VIRGINIA. — Te lo pido por el amor de Dios.

LIDIA. — ¿Dios, te parece? Mamá...

VIRGINIA. —Por Pablo.

LIDIA. —Sos una sádica.

VIRGINIA. —Ponete a pensar un poco con otra cabeza. Eso que bien te vendría. ¿Cuántas personas conocés que practican ponerse en el lugar del otro? Sufrimos el síndrome caballo de mateo, con esos cobertores de cuero que limitan la perspectiva...

LIDIA. —¿Tenés cepillo de dientes? Tengo rara la boca.

VIRGINIA. —Sí, abajo.

Lidia le cambia la remera a Virginia, queda en corpiño.

VIRGINIA. —¿Qué formamos cuando estamos juntas? Digo, cuando te ponés al lado mío y el tiempo pasa y tomamos un café o esperamos a que termine de copar el negro en la tostada. ¿Qué somos cuando esperamos? O cuando agarrás mi mano y la ponés arriba de tu frente sin previo aviso... ya sé, no hablabas de practicidad cuando me preguntaste si somos una familia. Una sociedad. O un pueblo. ¿Me ves? Estoy en el borde del techo.

LIDIA. —Sí, hace días. ¿Me lo hacés a propósito?

Lidia baja por la escalera. Lidia no parará de hablar. Virginia se cubre con los brazos el cuerpo.

LIDIA. —La canilla de la cocina está perdiendo otra vez.

VIRGINIA. —Sí, ya lo sé, Lidia.

LIDIA. —Pero está perdiendo demasiado. Esto va a ser un oasis.

VIRGINIA. —¿Dónde vivía esa mujer?

LIDIA. —Mamá, la cocina se viene abajo.

VIRGINIA. —La de los bichos, ¿dónde vivía?

LIDIA. —¿En la rotonda? No sé, mamá, hay que llamar a un plomero.

VIRGINIA. —En la rotonda... creo que volvió a llamar al patrullero.

LIDIA. —¿Qué cosa?

VIRGINIA. —Al patrullero. No le gusta estar sola y se cuelga del teléfono gratuito.

LIDIA. —¿Patrullero dijiste?

Lidia sube otra vez al techo. Las dos miran a lo lejos. Lidia le pone la remera nueva a Virginia.

LIDIA. —Hay que llamar a un plomero.

VIRGINIA. —O a una plomera.

LIDIA. —Sí, un plomero o una plomera.

VIRGINIA. —¿Qué tan roto está el caño? Esforzate.

LIDIA. —Destrozado.

VIRGINIA. —¿Deteriorado?

LIDIA. —Reventado. No da para más.

VIRGINIA. —Otro día llamamos.

LIDIA. —No, otro día no.

4. MUNDO ADULTO II

Mismo día, horas después. Lidia y Emilio miran a Virginia que está en el techo de la casa. Virginia los mira y los saluda con la mano. Emilio regresa el saludo, también con la mano, lleva una caja de herramientas.

EMILIO. —¿Hace cuánto que está ahí arriba?

LIDIA. —Una semana más o menos.

EMILIO. —¿Una semana?

Emilio y Lidia miran a Virginia.

EMILIO. —Bueno. Traje la llave francesa para cambiar el vástago, pero es otro el inconveniente, con lo que traigo acá no puedo hacer nada. Pronto se le va a formar un río ahí adentro. La canilla de la cocina pierde muchísima agua.

LIDIA. —Mucha agua hay. Se va a formar un río.

EMILIO. —Necesito el plano con la anatomía del sistema de plomería de la casa, ¿lo tienen a mano?... Ustedes me llamaron de urgencia, pero yo con este desastre no puedo hacer nada ahora. Corté un pedazo de caucho y envolví el caño, lo aseguré con precintos, pero la fisura es tremenda. Mucha agua, lo lamento. No puedo hacer nada.

LIDIA. —La atención a lo que es tan real y esencial está tan escondido a simple vista todo el tiempo a nuestro alrededor que tenemos que recordarnos una y otra vez: esto es agua, esto es agua.

Lidia y Emilio miran a Virginia un tiempo. Emilio mira a Lidia.

EMILIO. —Qué chiquita sos.

LIDIA. —Pero no soy chiquita. Tengo treinta.

EMILIO. —No. De tamaño, digo.

VIRGINIA. —Suba.

LIDIA. —Mamá, ¿vos querés que suba? Quiere que subas.

EMILIO. —Sí, escuché. Gracias por el ofrecimiento, pero ya me tengo que ir. Tengo otra casa.

VIRGINIA. —Virginia me llamo. Suba.

LIDIA. —Quiere que subas.

EMILIO. —Sí, ya escuché. Lo siento, le tengo miedo a las alturas. Una vez me caí y me abrí la cabeza.

LIDIA. —¿Cuánto le debo, señor?

EMILIO. —Tuve un pedazo de masa encefálica a la vista. Si usted me toca la mollera, puede sentir una protuberancia que no debería estar ahí.

VIRGINIA. —Suba, se lo pido por el amor de Dios.

EMILIO. —Perdí la conciencia durante unos segundos, pero pareció más. Después la recuperé.

VIRGINIA. —O por el amor de Pablo.

LIDIA. —Mamá, bueno... Perdone, perdoná...

EMILIO. —¿Quién es Pablo?

Pablo aparece (II). Se mueve como una gacela o como un animal muy finito y cuidadoso. Lidia mira a Emilio con vergüenza, Virginia mira a Emilio con curiosidad. Emilio mira a Virginia con pena.

VIRGINIA. —Mi hijo.

Virginia se pone de pie en lo alto del techo y mira hacia abajo, como si fuera a tirarse.

EMILIO. —Virginia, ¿está bien?

VIRGINIA. —No. ¿Usted? ¿Está bien?

Emilio no le contesta.

LIDIA. —Lo mismo le responde a la vecina que hace tres noches que llama al patrullero.

EMILIO. —Virginia, ¡la vida es apacible...!

VIRGINIA. —Apacible.

LIDIA. —“Tranquila”, “quieta”. Eso quiere decir el plomero.

EMILIO. —Emilio me llamo.

LIDIA. —Emilio.

Virginia sigue mirando hacia abajo. Calcula.

VIRGINIA. —Desde que nació, mi hijo no tuvo un solo día de paz. Y una noche, pum. Era martes, encendí la luz de la cocina porque esa es la primera luz que enciendo. En ese entonces, la canilla ya goteaba, pero apenas. Pablo debía estar en su cama, como últimamente estaba. Tomaba unas cosas muy fuertes y se dormía temprano. Encendí la televisión: un canal de cable mostraba la proeza de un producto nuevo, una loción blanca y espumosa que quitaba las manchas como si fuese magia, o como si fuese lo que era: lavandina en estado sólido. Mentirosos, pensé. Ratas.

Emilio se acerca a la escalera para subir al techo.

VIRGINIA. —La casa estaba demasiado silenciosa, pero las colillas de los cigarrillos rebalsaban en la mesa, en la bacha de la cocina. La ansiedad de Pablo. Ni un solo día de paz. Esa mañana me había dicho “quiero volver a Potosí”, pero no le hice caso y le

insistí en que vuelva a la cama, en que se tome otra pastilla, en que descanse la vista y se encienda los cigarros que quiera. Vio un desfile donde bailaban tinku. Quedó embelesado. La verdad, Emilio, es que prefiero un hijo con los pulmones negros que un hijo con fantasmas en la cabeza las veinticuatro horas, así que sí, le aconsejé que fumara. Cuando subí la escalera para ir a la habitación, lo llamé. No me contestó. Volví a nombrarlo: Pablo. Y la mujer del canal de cable decía que por el precio de un solo quitamanchas, si una quería, se podía llevar dos. Pablo no estaba en su cama y la cajita de cigarrillos, intacta. Una vez acá arriba en la terraza me di cuenta. Pum. Ya me lo había avisado. Ya me lo venía avisando. La mente es un estupendo sirviente, pero un maestro horrible. No es casualidad que casi todas las personas que se suicidan con armas de fuego se disparen en... la cabeza. Lo vi tumbado en el piso y pensé: acá me quedo. En lo alto, para siempre. Después bajé al desván y apagué el televisor, las luces de la cocina, todo apagué. Me metí en la cama y me dormí. Pablo quedó ahí, hasta el día siguiente que llegó Lidia y lo sacó. Me compré dos cajas de quitamanchas que todavía tengo. Intactas.

Tiempo.

EMILIO. —Qué chiquita que es Lidia.

VIRGINIA. —Desde acá todo se ve distinto.

LIDIA. —(*Subiendo.*) Emilio también tiene que irse. Vamos, ma.

VIRGINIA. —Cuando la mente logra expandirse, aunque sea unos milímetros, hasta los colores de las cosas parecen realzarse.

Rojo más rojo, verde más verde y así.

LIDIA. —Vamos, Emilio. A mí se me hizo tarde, quiero volver a mi casa. Ella nos va a seguir, como una hormiga atrás del azúcar. Vas a ver.

EMILIO. —Nunca pensé que iba a subir. Estoy chocho. Gané una batalla contra la costumbre.

LIDIA. —(*En voz baja.*) Perdón, mamá. No te quise tratar mal recién. Es que estás perdiendo la razón y cuando me refiero a eso de la razón, hablo más que nada de la virtud que sugiere la autonomía, nada más.

EMILIO. —Yo fui a Potosí. A un viaje para desintoxicarme.

LIDIA. —¿Ya le contaste?

VIRGINIA. —No todo.

EMILIO. —Algo de un desfile donde bailaban tinku.

LIDIA. —Cuando Pablo vio a todas esas personas disfrazadas de colores perdió la cabeza, esta vez para bien. Cuando me llamó para contarme, lo escuché llorar de ilusión. Era importante para él sentir curiosidad, intentaba describir sus miedos y lo que sentía.

VIRGINIA. —Sí, y cuando volvió a casa se metió en la cama. No estaba apto para viajar.

LIDIA. —No estaba apto.

VIRGINIA. —No estaba.

LIDIA. —No.

VIRGINIA. —Existir es distinto a vivir; para mí y para Pablo, siempre fue claro. Para Lidia, también.

EMILIO. —Yo vi bailar tinku, hacen un ruido seco contra el piso, como si fuera malambo, pero distinto.

LIDIA. —¿Viene un patrullero?

EMILIO. —No veo ningún patrullero, por suerte.

VIRGINIA. —Me gusta esta característica suya de hacer amistad con facilidad, de manera honesta.

EMILIO. —Y eso es un poco contagioso, logro que las personas a mi alrededor estén bien entre sí.

VIRGINIA. —Corre aire acá.

EMILIO. —Sí. Y oscurece.

VIRGINIA. —Lidia dijo que soy oscura, que a veces soy como un manto que tapa, uno de esos que hacen black out... ¿Quieren cerrar los ojos?

LIDIA. —No, mamá.

VIRGINIA. —¡Sí! Cierren los ojos. Miren adentro y traten de calmar la inercia. Cuando quieran abrir los ojos, no se olviden de ver lo que hay.

Los tres cierran los ojos. Un tiempo.

EMILIO. —Perdón que interrumpa, Virginia, pero en principio me habían llamado para arreglar la cañería, si al menos pudiera resolver la cuestión. (*Mirando hacia abajo.*) Esto se pone cada vez peor.

VIRGINIA. —El amor propio me parece importante, Emilio, haga lo suyo, ¡diga y haga con orgullo!

EMILIO. —Después de todo, soy alguien que vino a arreglar un caño de agua. Insisto. Lo voy a recordar siempre que sienta que estoy a punto de dejarlo de lado, como un dato más, sin importancia. Soy esto, ¡esto! que hago. Les cuento: a los 12 años escribí un poema, pero de tan malo ya no existe. Un cuento a los dieciséis, ese sí, lo tengo, pero también es malo. Y ahora tengo

algunas anotaciones. No tengo en claro sobre qué escribo. Me resultaría difícil, así de la nada, argumentar sobre qué.

LIDIA. —¿Tenés hijos?

EMILIO. —Una hija más grande que yo.

LIDIA. —¿Cómo más grande?

EMILIO. —Sí, de tamaño. Vive en el Sur. No la veo hace años y nos llamamos para los cumpleaños. Voy a un locutorio porque si no es muy caro.

LIDIA. —¿Tenés una pareja o algo?

EMILIO. —No, eso no tengo nada. Algo certero para mí es la música, escucho U2 o a Bono solista, Alanis Morissette, Kurco, Pearl Jam, Los Foo Fighters, Cramps; del rock garaje, soy fanático.

VIRGINIA. —Yo soy profesora de Filosofía. Hay un escritor que usaba un pañuelo en la cabeza para sujetar los pensamientos y me recuerda a vos. Se ahorcó en la cocina de la casa. Para eso debe haber tenido que dar un salto, ¿no? Lo habrán olfateado sus dos perros; lo encontró su hermana o su mujer. Hay un cuento suyo que leo a menudo: un adolescente se tira por primera vez desde un trampolín de diez metros en el natatorio de un club. “Sus piernas pisan con fuerza el extremo de la tabla y hacen que esta lo lance hacia arriba y afuera. ¿Cuál es la mentira? ¿Lo duro o lo blando? ¿El silencio o el tiempo? La mentira es que haya que elegir entre una cosa y otra.”

EMILIO. —¿Les molesta si me quedo?

VIRGINIA. —Quedate.

EMILIO. —Gracias. Permiso.

Virginia se sienta. Emilio mira hacia abajo, calcula la distancia que hay entre su cuerpo y el suelo. Calcula el tiempo que demoraría en caer. Esta acción le pesa, le genera temor y ese temor se entiende en su cuerpo. Está a punto de caer, pero no. Pablo aparece, se arroja (II). Tiempo.

EMILIO. —(Le señala la panza.) ¿Tiene nombre?

LIDIA. —No pensé en nada. No me parece buena esa ansiedad de poner nombre a algo que todavía está en la nada.

EMILIO. —¿Te parece? A mí no me parece malo, me inspira nombrar; el nombre o el apodo es una manera de armar un camino de cariño.

LIDIA. —Sí, puede ser. Pero no pensé ningún nombre.

EMILIO. —Me cansé de categorizar “eso es bueno”, “esto es malo”, solo porque me da tranquilidad y sentido común. Es raro que me resulte más importante tener una certeza a cualquier otra cosa en el mundo. Me gustaría practicar alguna danza y ser más ágil de acá, de la cabeza.

Lidia mira a Virginia.

LIDIA. —Cuando llora se me rompe el corazón. Pero no por eso va a dejar de llorar.

Emilio mira a Lidia, le señala la panza.

EMILIO. —Yolanda es lindo. Mi abuela se llamaba Yolanda. Mi hija, también.

LIDIA. —Le hice un regalo (*Saca un libro de su mochila, lee.*) “Todos los males, ahuyéntalos y aléjalos de ti. Por encima del caos, levanta tus ojos y copia lo bello. Bienvenida al planeta.”

VIRGINIA. —Lo difícil es permanecer atenta y viva en el mundo adulto, día tras día.

LIDIA. —¿No dormías?

EMILIO. —Yo vivo en un departamento con un patio chiquito y pelado como esta terraza. A veces me gusta, otras veces la verdad que no... Tengo dos potus lemon, hermosos. Aunque hay quienes dicen que saca la energía, a mí no me parece; tenerlos a la vista me da potencia... Un gran porcentaje de lo que creo cierto puede ser falso y ahí la frustración. Rara vez pienso en que soy egocéntrico, es repulsivo darse cuenta, pero a todos nos pasa. Desde que nacemos, estamos creyendo que somos el centro. Es constante el monólogo que está adentro de la cabeza, es difícil no perderse ahí. El día a día es insoportable. La rutina día tras día es deprimente y sin sentido, no hay tiempo para nada más que estar agobiado de basura; la mayoría del tiempo estoy esperando cosas y, cuando tengo un rato para pensar, no sé a qué prestarle atención. ¿Cómo se aprende a pensar?

Virginia baja del techo en un instante inesperado. Emilio y Lidia la miran.

LIDIA. —Mirá Emilio, mi mamá bajó. ¿Vamos?

EMILIO. —No, yo ahora no puedo.

LIDIA. —Sí, vamos.

VIRGINIA. —Ahí vuelvo, Lidia. Puedo bajar, puedo subir y bajar y subir. Lo que no puedo, todavía, es saltar. Sigán.

LIDIA. —Yo conocí los ojos de melancolía. Mi mamá no tiene ese gesto.

EMILIO. —¿Qué querés decir?

LIDIA. —Que yo hago todas cosas visibles y no le llaman la atención.

5. OTRO EJEMPLO MÁS DE LA POROSIDAD DE CIERTAS FRONTERAS

Aparece el fantasma Pablo, no se arroja, comienza a moverse como arriba de un delay de una música que ya no se escucha. Emilio y Lidia empiezan a moverse, también el baile de cada uno es separado, como si la unión estuviera en lo que no coincide del movimiento. Virginia sube, se suma. Sus cuerpos se mueven como cayendo, transpiran. Parece un ritual. Suena "Hand in my pocket" de Alanis Morissette.

6. MUNDO ADULTO III

LIDIA. —Ay, necesito algo dulce. ¿Alguno quiere algo?

EMILIO Y VIRGINIA. —No, gracias.

VIRGINIA. —Emilio, para vos. *(Le da unos CD que tiene en la mano.)* Es una música que escuchaba Pablo y ahora yo. Es lo que te gusta.

Emilio agarra los CD y los mira. Le vibra el celular. Lidia baja las escaleras. Sale. Emilio la mira irse. Pablo bebe un poco de agua de una botella. Virginia lo mira. Pablo se sienta en el techo de la casa. Virginia con él, bebe agua.

EMILIO. — ¡Jagged little pill, de Alanis!

VIRGINIA. — Sí, lo que escuchamos recién.

Vibra el celular de Emilio.

VIRGINIA. — Haga, Emilio. ¡Haga!

Emilio mira su teléfono. Virginia se sienta.

VIRGINIA. — Nunca pude usar el quitamanchas que compré de limpieza, era de calidad, pero no supe para qué, después de todo, lo pulcro o la mugre me parecían un sinsentido. Tampoco lo pude tirar, una especie de apego extraño a eso que iba a usar, antes, cuando Pablo estaba bajito o ido, fumando su cigarro, uno tras otro. El quitamanchas quedó perdido en alguna parte de la casa, como la basura que flota sobre el agua de un estanque. Así me siento yo cuando no pienso, me hago un paréntesis de que él no está más acá, que su cuerpo material ya no, y floto, como un bebé adentro del vientre, sin ambición. Estoy en agua de estanque, y en el fondo hay barro, moho o algo que tiene que salir a flote para que no me pudra.

Tiempo. Emilio mira a Virginia. Lidia sube las escaleras.

LIDIA. — Encontré un Milka Leger en la alacena. Espero no esté vencido. ¿Quiéren?

EMILIO. — No, gracias.

Pablo se arroja (IV).

EMILIO. —(*Señalando la panza.*) ¿Te duele?

LIDIA. —No, más bien pateo y eso me da impresión.

EMILIO. —¿Y su padre?

LIDIA. —¿El mío o del bebé?

EMILIO. —Cualquiera de los dos.

LIDIA. —Prefiero no hablar de nada ahora. Gracias por preguntar igual, Emilio.

EMILIO. —De nada.

Tiempo. Emilio mira su teléfono.

EMILIO. —Tengo más de veintisiete mensajes sin leer. ¿Cuánto tiempo llevo acá arriba?

VIRGINIA Y LIDIA. —No tanto.

LIDIA. —Esto se inunda. Las habitaciones están totalmente tomadas. La humedad se está comiendo los muebles, empaña las ventanas. Y ese olor...

EMILIO. —Lo siento, no pude hacer mucho. Soy un fraude.

VIRGINIA. —No te preocupes. Esto es agua.

Los tres miran hacia abajo. Hay un destello de luces de móvil policial.

LIDIA. —¿Vieron eso?

EMILIO. —¿Qué cosa?

LIDIA. —Las luces.

EMILIO. —No vi nada.

LIDIA. —Silvia de Marco seguro volvió a llamar al patrullero.

VIRGINIA. —Tiene un miedo bárbaro a que me tire. O tiene ganas. No se entiende bien qué tiene.

LIDIA. —¿De verdad no ven las luces? ¿No les pasa que, con las personas que representan la ley, empiezan a dudar del límite finito, finito que tiene lo que está bien de lo que está mal?

EMILIO. —Necesito silencio.

LIDIA. —Si decís algo fuera de lugar, quizás te llevan. O te matan.

EMILIO. —No puede ser tan así.

LIDIA. —Si ves que están golpeando a un hombre en la calle, ¿está mal si te paralizás y no podés hacer nada?

VIRGINIA. —Lidia, tenés una fijación con el servicio a la comunidad.

Suena otra vez el celular de Emilio.

LIDIA. —Emilio, ¿está bien?

EMILIO. —Sí, es una clienta. Ahora me está llamando. Me va a volver loco.

Virginia le tiende la mano a Emilio y apaga su celular. Emilio sonríe.

VIRGINIA. —Una vez sola me llamó por teléfono. Habíamos sacado los bancos a la calle y dimos una clase en la vía pública. Al rato la policía cayó y algún medio lo transmitió y Pablo vio por la tele cómo nos corrieron a palos. Me llamó porque quería saber si estábamos bien.

EMILIO. —¿Estaban bien?

VIRGINIA. —Vi cómo le tiraron un caballo encima a una mujer. La mujer se quebr  y el caballo también. Nos tiraron gas

lacrimógeno. ¿Saben que fue lo único que me calmó?: leche de vaca. Me tiraron desde un saché que alguien abrió con los dientes.

Silencio.

VIRGINIA. —Hacía días que no teníamos noticias de Pablo. Yo prendía la televisión a cada rato esperando lo peor. En el canal de cable, vendían cualquier producto, esos que parecen inservibles, pero son flor de practicidad. Al brazo extensor, no llegué a comprarlo por orgullo. Y cuando volvió de Potosí, me contó que había ido solo al hospital, tuvieron que darle oxígeno... Dios, oxígeno y no me había dicho nada. Soy la madre y no puedo saber cuándo fue exactamente que empezó a desprenderse de todo. Le hubiera exigido: quedate. En lo alto de Potosí le faltaba el aire, pero cuando volvió para acá tampoco encontró.

Emilio saca la libreta de su bolsillo. Lee.

EMILIO. —Permiso: “Se le quitó el miedo, pienso. El Tata Danzati usa un traje con bordados y cascabel. Y usa una máscara, una capocha grande, como si fueran las cabezas juntas de todo un pueblo. Arriba de la montaña, lo vemos bailar. El hombre que baila adentro del traje se mueve, así, asá. Baila hasta morir, ese es el ritual. Yo me pregunto si podría bailar hasta no dar más de sed y me dé un infarto. Igual no me siento solo. La música es fuerte y todos en la ronda seguimos con los pelos ebrios sobre la cara”. Estaba muy borracho cuando escribí esto.

LIDIA. — Es muy triste.

*Luces de sirenas azules se reflejan en las caras de Virginia, Lidia y Emilio.
Por un momento hasta que ya no. Virginia acaricia el brazo de Emilio.*

VIRGINIA. — A la hora del té, habrá sido un martes, almorzábamos en el sillón. Mirábamos la tele. Simplemente le froté el brazo. Él dijo que estaba contento de que yo fuera su madre. Yo le dije que para mí era un honor.

EMILIO. — Debe estar difícil abajo.

VIRGINIA. — Sí...

EMILIO. — Su casa, digo, Virginia. Se hunde cada vez más.

VIRGINIA. — No hace falta que me trates de usted. Estás en el techo de mi casa.

EMILIO. — Perdón.

Silencio.

EMILIO. — Escuche esto. Dos peces vienen nadando en una misma dirección...

Entra Lidia.

LIDIA. — ¿Mamá?

EMILIO. — Escuchá esto. Dos peces vienen nadando en una misma dirección...

Lidia pega un grito. Rompe bolsa. Cae agua, en cantidad. Todos miran a Lidia mientras el agua le cae. Tiempo. No hay urgencia, más bien curiosidad.

VIRGINIA. —Rompiste bolsa, Lidia.

LIDIA. —Sí. No me duele.

VIRGINIA. —Tendrías que ir yendo al hospital.

EMILIO. —Yo la puedo alcanzar de camino. Tengo un auto.

LIDIA. —No, está bien. Bueno sí, gracias Emilio. Alcánceme mi mochila. Es la roja. Tendría que pasar primero por mi casa, tengo el bolso con la muda y el resto de las necesidades ahí. Tengo que contarle a mis amigos que esto no duele. Yo me fui a dormir porque una ola de sueño me empapó de pies a cabeza. Yo no sé si estoy soñando o esto es real. Esto va a pasar. ¿Qué día es hoy?

VIRGINIA. —No sé.

LIDIA. —Yo me puedo quedar un rato más ahí arriba, con vos. Si necesitás.

VIRGINIA. —No.

Tiempo.

VIRGINIA. —Andá yendo, Lidia. Va a estar todo bien.

Lidia se sostiene la panza. Emilio llega al lado de ella, carga su mochila roja y su caja de herramientas. Lidia empieza a irse.

EMILIO. —Hasta que se cruzan con un pez más viejo que les pregunta: muchachos, ¿cómo está el agua? Los peces no le responden y siguen nadando. Más adelante, uno de los peces le pregunta al otro: pero ¿qué diablos es el agua?

Virginia apenas sonrío. Emilio sale.

7. EN LO ALTO PARA SIEMPRE

Virginia está en el techo. Aparece Pablo, el fantasma, con un traje sensacional. Se arroja. Lo que sigue es mirar a Pablo que cae, una y otra vez, como un atleta o una gacela. Virginia no deja de mirarlo, embelesada. Caer es parecido a un baile. El fantasma baila tinku hasta morir. La parte de debajo de la casa se inunda de luz.

FIN



Nika y Nadia

¡RECITAL OLÍMPICO!

*"Si la prosa es una casa, la poesía es alguien
en llamas corriendo a través de ella".*

Anne Carson

*"Sobre la palma de mi lengua vive
el himno de mi corazón".*

Miguel Abuelo

Esta obra se estrenó en el marco del FIBA en el Teatro Sarmiento con la siguiente ficha artística.

ELENCO

Anabella Bacigalupo, Luna Etchegaray, Laura Paredes, Nadia Sandrone, Nina Suárez, Agustina Estarli, Oriana Lopresti, Micaela Suárez.

MÚSICA ORIGINAL

Diosque

COREOGRAFÍA

Luciana Acuña

ILUMINACIÓN

Agnese Lozupone

VESTUARIO

Nadia Sandrone

ESCENOGRAFÍA

Julieta Potenze

ASISTENCIA ARTÍSTICA

Gabriela Albuquerque

DRAMATURGIA Y DIRECCIÓN

Camila Fabbri y Eugenia Pérez Tomas

PERSONAJES

NIKA: poeta

NADIA: gimnasta

YURI: traductor

TEODORA (después Nika)

CHICA NADIA (después Nadia)

3 GIMNASTAS DEPORTIVAS

1. PARTE DEL PRESENTE

¡Hoy Nika! dice un letrero con luces. Es la entrada a la cancha: los reflectores disparan con sonido y parece que secan el aire con ese golpe de luz. La vemos a Nika y parece una medusa de pelo largo, alta, estridente. Lo que dice es exagerado y en ruso. Un cartel electrónico, al estilo Infotrans, devolverá en algún momento las palabras traducidas al español, por ahora titila: ¡Hoy Nika! Las luces se prenden con un sonido profundo, vacío, de previa de recital de rock. Nika parada en la altura, las luces le dan de lleno en la cara. Mira hacia al frente, consternada. Entra en personaje. Es una Chavela Vargas eterna, entre la sonrisa y el dolor. Es un estadio repleto y ella es el espectáculo. La atención está en su boca y el micrófono.

NIKA. —На моей ладони
живи гимном моего сердца
Я чувствую самый совершенный союз

что в справедливости присоединяется ко мне к вам
жизнь полезная книга
для того, кто может понять
Я уверен в балансе
это склоняет мое мнение

Здесь никто не хочет спать
что я могу сделать
пересек море
я соблазню тебя
для счастья я пою

Ничто не сокрушает меня или мешает мне
В этот день я люблю тебя
естественно мой подарок
стремится расцвести в два
ничего нет ничего запрещающего
Я вижу, как ты идешь в свободе
который не рвется как шелк
климат вашего сердца

Na moyey ladoni
zhivi gimnom moyego serdtsa
YA chuvstvuyu samyy sovershennyiy soyuz
chto v spravedlivosti prisoyedinyayetsya ko mne k vam
zhizn' poleznaya kniga
dlya togo, kto mozhet ponyat'
YA uveren v balanse
eto sklonyayet moye mneniye

Zdes' nikto ne khochet spat'
chto ya mogu sdelat'
peresek more
ya soblaznyu tebya
dlya schast'ya ya poyu

Nichto ne sokrushayet menya ili meshayet mne
V etot den' ya lyublyu tebya
yestestvenno moy podarok
stremitsya rastsvesti v dva
nichego net nichego zapreshchayushchego
YA vizhu, kak ty idesh' v svobode
kotoryy ne rvetsya kak shelk
klimat vashego serdtsa

Nika cierra los ojos y sostiene el micrófono. Está agitada, la intención que puso en el fraseo la deja así. El público se agita en un aplauso que ensordece. Nika agradece, se agacha, vuelve a ponerse de pie y saluda con la mano. La luz se abre y ahí debajo está Nadia, mirándola con el cuello erguido. Las palmas se callan y queda un silencio. Nadia saluda con la mano. Nika sigue hablando al micrófono, lo que dice suena en altoparlante. Nadia tiene que gritar.

NIKA. —¿Sos vos?

NADIA. —Sí, soy yo.

Silencio. Se miran un rato.

NIKA. —¿Cómo te enteraste?

NADIA. —Lo leí en Twitter. Decía: “¡Esta noche, la gran Nika!”

NIKA. —Estás irreconocible.

NADIA. —Vos no.

Pausa. Nika abandona el micrófono. Se agacha para mirar más de cerca de Nadia.

NIKA. —Seguís estando irreconocible.

NADIA. —¿Y ese poema?

NIKA. —¿Te gustó?

NADIA. —Eh... Sí... ¿Ese poema habla de mí?

NIKA. —¿Qué?

NADIA. —Que si ese poema habla de mí.

2. CORRESPONDENCIA

Teodora cuenta su primera carta.

TEODORA. —Querida chica del Este: Me gustaría que esta carta sea un arcoíris. Pero bien, esta carta es mi manera de decirte hola, un hola con calor. Te veo por las tardes estirando el cuerpo con una soltura estelar y pienso: ¿es posible eso que hace? Tengo tantas preguntas para hacerte que se me olvida presentarme: Hola, soy Teodora, escucho una voz que me dicta poemas en ruso y eso que yo no hablo ruso. Me da miedo quedarme sola a la noche. Tampoco me gusta mi nombre Teodora, lo creo grandilocuente. Cuando me agarra el miedo en forma de asma pongo la televisión con tus saltos al cielo. Verte a vos es ver la constelación entera. Es poner estrellas

fluorescentes en el techo de mi cama. ¿Debería decirte gracias? Sí, gracias.

Yo quería preguntarte: ¿qué se te viene a la cabeza cuando hacés esas vueltas maestras? ¿Pensás en nubes? ¿O es muy tonto lo que digo? Pensás en la música clásica. Más tonterías digo.

A ver... ¿Pensás en nada? El cerebro se te muere y simplemente te estalla el corazón a gritos de alegría.

Contame, en un descanso de entrenamiento, contame qué hace una mente cuando no piensa. Sé que ahora estás compitiendo en un lugar lejos y extraño.

¡Allá va mi carta! Veloz como un pájaro dorado.

Espero te llegue y, más importante, espero tu respuesta.

Silencio. Fin de la carta.

TEODORA. — No se la mandé. Tuve miedo que piense mal de mí. Hice un bollo con mi primera carta y decidí entrenar yo como entrena ella. Para que pueda escucharme a mí y no a este lobo hambriento que se acomoda en mi boca.

¿Dónde quedo yo? La yo que dice hola.

Esta sí se la mandé:

Chica Nadia cuenta la carta que recibió.

CHICA NADIA. — Esta carta recibí: Querida chica del Este. Hola. Mi nombre es Teodora pero no me gusta mi nombre Teodora. Te escribo desde la casa de mi pueblo con la ilusión de que te llegue esta carta y puedas leerla en un descanso y sea alimento

para seguir tu rutina. Tengo tu misma edad, pero a diferencia tuya no soy tan virtuosa. Hago cosas con palabras que algunos dicen no están mal. Mi primer libro lo publiqué a los diez años, es un libro que suena con mi voz si la ponés en un aparato que te permita escucharme. Es raro porque mi voz sale en una lengua que no conozco. Espero te guste. Sin querer parecer pedante, me gustaría dártelo.

¿Cuándo volvés a nuestro país? ¿Te parece un país pequeño el nuestro? ¿Estás ahora en un país lejano y extraño? ¿Entendés las cosas que te pasan o alguien te traduce lo difícil?

Te miro con lupa frente al televisor y en algo nos parecemos. Nadia, tenemos que tratarnos como se cuidan las adictas. Ayer salí a caminar para despejarme y en una pared vi la señal que me confirmó lo que debía hacer. En una pared cualquiera de la calle, alguien escribió con aerosol: la poesía es un deporte extremo. Y ahí supe que íbamos a ser amigas.

Me despido rápido, por estos lados del mundo llega la noche pronto.

Te saludo desde ahora y para siempre, tuya la T de Teodora. P.D.: ¿Se te ocurre un nombre mejor para mi nombre de poeta? Perdón, me puse confianzuda.

Te dejo.

Así como dije hola, ahora digo chau.

3. PRIMER SUEÑO DE TEODORA

Una gimnasta deportiva. Es muy parecida a la Nadia de la TV. Se acerca despacio y en silencio. Parece que vuela. Da un flic-flac y regresa parada al suelo. Se aleja como vino, como si nada hubiera pasado. Esto dura.

Tiene el tiempo escurridizo del sueño. Nada tan impactante puede durar un suspiro. Aunque el salto sí. Parece desarmarse en una milésima de segundos. Pero no pasa de largo. Es un videoclip onírico. La mente tarda en capturar el flash de lo sorprendente. Es un cuerpo de líneas curvas y finas que dibujan firuletes en el espacio. El zoom de la mente se achica, se agranda con eso que hace la gimnasta en el aire, en las vigas, en el suelo.

4. PARTE DEL PASADO

Teodora recostada. Tiene la edad de las niñas. Mira los Juegos Olímpicos de Montreal en una TV. Hay una tanda de publicidad, todavía no empezó la transmisión. Teodora cierra los ojos. Parece que algo está por venir. Hace fuerza, se aprieta las manos, se pone ansiosa, parece alguien haciendo telekinesis, una antena en el más allá.

TEODORA. — ¡Tengo un poema!

Entra Yuri. Es un hombre joven con jogging Adidas. Está agitado también. En la mano trae un cuaderno y un lápiz. Se sienta en el piso. Toma nota.

TEODORA. — ¡Y otra vez está en ruso!

YURI. — Ya ni hace falta que lo aclares.

TEODORA. — живи гимном моего сердца на ладони моего языка!

YURI. — живи гимном моего...сердца на ладони моего языка.

Teodora vuelve a abrir los ojos y enciende la TV, vuelve en sí. En la imagen, se ve el número de piso de Nadia Comăneci de la Olimpiada de Montreal. Yuri está concentrado en la hoja. Teodora le habla a la TV.

TEODORA. — Es una niñita desgarrada y no puedo dejar de mirarle las patas.

YURI. — Ya lo tengo.

TEODORA. — Sos el traductor más veloz del continente.

YURI. — Para eso me pagan.

TEODORA. — Qué odioso hablar de plata.

YURI. — Y apaga eso, me desconcentra y a vos te evapora la inteligencia.

TEODORA. — Me gusta cuando exigís rutina saludable y, en realidad, estuviste toda la noche y parte de la mañana tomando birra en la escalera con la boca abierta como un rolling stone.

YURI. — A vos también te gustan los Rolling Stones.

TEODORA. — Poco vuelo.

YURI. — Hagamos silencio.

Cuando encontraste en la guía mi anuncio y llamaste,
¿imaginaste que encontrarías al Miyagi de la lengua?

Yuri apaga la imagen. Lo último que vemos es a Nadia volando por los aires.

YURI. — Nada me abruma ni me impide en este día que te quiera, amor.

TEODORA. — ¿Eso dije?

YURI. — Eso dijiste recién. “Nada me abruma ni me impide...”

TEODORA. — Me gusta. ¿Sirve, no?

YURI. — Has tenido mejores, pero claro que sirve. Después decís: Yo canto...

TEODORA. — ¿Qué canto?

YURI. — Acá es raro, porque decís: “Oh” y lo repetís cinco veces.

TEODORA. — Desierta como una conductora de TV.

YURI. — Para nada. Es la primera vez que cantás en un poema. Tal vez sea un signo.

Yuri cierra el cuaderno. Busca su Polaroid y retrata a Teodora haciendo una pose seria con las manos delante de su cara.

TEODORA. — ¡Pará! ¿Me dibujás los circulitos?

YURI. — ¿Qué circulitos?

TEODORA. — ¡Los de los Juegos Olímpicos! Verde África, azul Oceanía, rojo... creo que América...

YURI. — Listo. ¡A ver esas encías!

Sonríen los dos. Yuri toma una autofoto.

YURI. — ¿Por cuánto vendo esta foto?

TEODORA. — Chirilitas. Vaya yendo. Tengo que descansar la cervical.

YURI. — En el reverso le voy a poner: “Esta noche, ¡La gran Teodora!”, y adelante, nuestras caras como un tatuaje que se haría cualquier chico de tu edad.

TEODORA. — Me parece bien... ¿puedo ver más televisión?

Yuri niega con la cabeza.

TEODORA. — Es que ahora viene la rutina de barras asimétricas y las rusas están destinadas a llevarse todos los oros, y no quisiera eso.

YURI. — Nada me aburre más que el deporte.

Yuri saliendo. Teodora comienza a moverse espasmódica.

TEODORA. — ¡Tengo un poema!

Yuri la mira sorprendido. Agita el cuaderno, se acerca.

TEODORA. — Mentira.

YURI. — Qué tarambana.

TEODORA. — Pero sí. Siempre tengo poemas (Se señala la lengua.).

Teodora para sus antenas de telekinesis. Recibe información como una computadora conectada a la fuente. Sus ojos parpadean como Neo en la matrix. El sonido de la TV inunda el espacio. Yuri sale. Teodora mira la imagen de muy cerca. En la imagen, Nadia Comăneci se saca el primer diez de la historia. Teodora mira y no puede creer lo que ve. Se tapa la boca. No sale de su asombro.

TEODORA. — Desgarbada, histórica y campeona.

Teodora se recuesta.

5. SUEÑO DOBLE

Un sueño hermoso. De esos que se quieren vivir en la realidad. La misma atleta que vimos en el primer sueño ahora se desdobra y son dos. Se encuentran entre sí en el fondo del espacio, aparecen y desaparecen. Usan resina en los pies, en las muñecas, resina por el aire. Dos flic-flac, dos saltos, todo es doble en este presente violeta y barrido. Las dos gimnastas miran a público, se bajan del escenario y salen caminando como si nada, las pisadas blancas se confunden con fantasmas.

6. HIMNO A MI CORAZÓN

Nika, otra vez en ruso. Su voz sale con reverberancia por los altoparlantes. El Infotrans muestra partes distintas del Himno a mi corazón.

NIKA. —Здесь никто не хочет спать
что я могу сделать
пересек море
я соблазню тебя
для счастья я пою

El presente es parecido todas las veces. El efecto de los reflectores conmueve la percepción del tiempo. Lo que está pasando también entra en la memoria así. Nadia está cerca. Se subió al escenario y no le importa que la miren a ella también. Tiene un ramo de flores que le cubre, por momentos, la cara y los nervios. Silencio.

NADIA. —Te pregunté.

NIKA. —¿Qué cosa?

NADIA. —Si el poema habla de mí.

NIKA. —¿Tanto te preocupa?

NADIA. —No me preocupa, pero quiero saber.

NIKA. —Te quedaste como un perro con la cola entre las patas.

NADIA. —Son para vos.

Nadia le alcanza un ramo de flores.

NIKA. —Me gustan. Las voy a poner en agua. Y también me voy a hacer una corona para recitar con eso en la cabeza.

NADIA. —Te quedaría hermoso. ¿Cómo estás?

NIKA. —No te quiero dar lástima.

NADIA. —¿Qué decís?, nada más lejos que eso.

NIKA. —¿Y por qué viniste?

NADIA. —Me enteré que ibas a estar en la ciudad. Te quería ver. Quería escucharte.

NIKA. —Hago mis propios *covers*. Soy una guitarrera vieja ya. Escucho lo mismo hace años y sigo sin entender.

NADIA. —Decís y parece que nunca antes lo hubieras pronunciado. Seguí estremeciendo como la primera vez.

NIKA. —La voz fantasma que me habla muchas veces me hace doler.

NADIA. —Tenés la expresión igual a la niña que conocí.

NIKA. —Vos en cambio estás más grande. ¿Qué hacés ahora que tu cuerpo es adulto?

NADIA. —Saltar ya no.

NIKA. —¿Otras cosas?

NADIA. —Puede ser.

NIKA. —¿Querés probar?

Nadia se acerca al micrófono, le da miedo, respira fuerte y le agarra risa.

NADIA. —Me resulta más fácil hacer así.

Nadia hace una vertical. Nika le acerca el micrófono al corazón. Se escucha primero un ritmo lento, después acelerado.

NIKA. —Te excita el pulso ver todo al revés.

Nadia desarma la vertical y, agarrada de la mano de Nika, se ayuda a ponerse de pie.

NADIA. —это правда, что я подожгу дом и сад так тщательно, что он вырос за заснеженными горами

Infotrans: ¿es verdad que prenderé fuego la casa y el jardín que con tanto esmero crecía detrás de las montañas cubiertas de nieve?

NIKA. —Te lo sabés.

NADIA. —Era mi preferido para las paralelas. Saltar con las manos era como prender fuego mi casa.

NIKA. —Es un poema.

NADIA. —¿Prendiste fuego tu casa?

NIKA. —Sí. Lo supo todo el mundo. Salí en primera plana, en los portales de Tele Show y esas porquerías. Un chisme es una forma de ver la realidad. Les encanta ver un genio en desuso. Una vez me dijeron “caballo viejo”.

NADIA. —¿Puedo saber qué te pasó?

NIKA. —Fue una promesa. Las promesas siempre son exageradas; si no, no son promesas. Fuego era lo que seguía en la lista del plan. Vos seguiste también al pie de la letra el tuyo. Me quemé gran parte del torso pero estoy bien. Perdí muebles de algarrobo, eso sí. Pero esa madera ya no se usa más.

NADIA. —Yo tenía un sueño, más bien un objetivo. Pero encender la casa, ¿qué te pasó?

NIKA. —Estaba muy sola.

Tiempo.

NIKA. —Y ahora, ¿qué hacés con el cuerpo adulto?

NADIA. —Podés responder vos, también tenés el cuerpo adulto.

NIKA. —¿Tuviste miedo que haga la de la poeta famosa? Pero no. No me morí. Me quemé. Me pusiste Nika porque las dos escuchamos voces fantasmas en la cabeza sin parar, pobre Nika, se tiró por la ventana. Pero yo no me morí, me quemé y después me alejé.

NADIA. —Te lastimaste.

NIKA. —Tuve la fantasía de que con el fuego la voz fantasma me dejaría un poco en paz.

NADIA. —¿Y?

NIKA. —Sigue sin traducción hasta hoy.

NADIA. —Te extrañé todos estos años.

NIKA. —Pero no te escapaste conmigo.

NADIA. —Quise seguir haciendo lo que me gustaba.

NIKA. —Hicimos bien.

NADIA. —¿Y ahora?

NIKA. —Ahora que te veo me doy cuenta. Amo recitar.

Silencio.

NIKA. —Esa noche había recitado en 5 lugares seguidos. Para una nena recitar toda la noche puede ser asfixiante, pero para mí, que siempre sufrí el asma, era el efecto contrario. Ponerme frente al micrófono me da una bocanada que me hace tirar despierta un poco más. Entonces esa noche debo haber vuelto de madrugada, pero no mucho antes del amanecer. Me habían puesto un remise, pero usé la plata para otra cosa así que caminé. Caminé miles de cuadras, no sé cuántas exactamente. De repente, como una maceta que cae por accidente, recibí en

medio de la cabeza el impulso o la idea.

Vos ya me habías dejado plantada.

NADIA. —No te dejé plantada.

NIKA. —Dejame seguir.

Vos ya habías optado tu mejor camino. Volviste al Este.

Y yo ya no soportaba escuchar la voz fantasma y Yuri se había ido de gira de alcohol con cinco amigos, creo que a las sierras cordobesas.

Nadia, nuestro plan juntas me hacía sentir que podía seguir siendo la médium entre esos ruidos y el mundo. Sola, no. Sola, volvía el miedo.

Compré, en la estación de servicio, alcohol. Como era una hora extravagante, le dije al playero que era para mi rodilla porque me había caído escapando de unos ladrones. Ni siquiera me cobró.

Era sábado y papá tampoco estaba, los sábados se iba a pescar largo. En casa fui directo a las cortinas del living y encendí. La mano me quedó así porque se me pegó por un viento contrera. El olor se parecía a las tostadas de la mañana pero untadas con plástico.

Cuando me desperté estaba en una cama blanca de hospital. El olor alcohólico pegado al paladar. Durante meses escuché silencio. Como si por fin la voz se hubiera apagado.

Silencio

NADIA. —¿Te acordás de la primera vez que nos vimos? Me invitaste a tu casa.

NIKA. —Sí, tenía birra y eso que estaba prohibido a nuestra edad.

NADIA. —Ahora tengo mellizas.

NIKA. —¿Estás casada?

NADIA. —Sí. Vivimos en casas separadas. Uno con cada melliza.

NIKA. —¿Por qué no dijiste eso antes?

NADIA. —No sé.

NIKA. —Sos graciosa.

NADIA. —¿No me vas a decir si tu último poema habla de mí?

NIKA. —Sos ansiosa.

Nadia mira a su alrededor.

NADIA. —La gente no se va.

NIKA. —Y no, porque la figura sigue en el escenario.

NADIA. —¿Deberíamos correr?

NIKA. —Para nada. Estamos acostumbradas a que nos miren.

NADIA. —Voy a traer un chocolate de la máquina. ¿Cuál te gusta?

NIKA. —De yogur de frutilla.

Nadia sale. Nika queda sola. Le saca la lengua al público.

7. CORRESPONDENCIAS

CHICA NADIA. —Hola chica del Sur: Me dejó muy acelerada recibir tu carta. El corazón me golpeó el pecho durante horas. Igualmente, no me asusté porque sé que tengo una salud excelente o, al menos, eso dijo el médico del equipo. Gracias por felicitarme, todos hacen lo mismo y yo mucho no sé qué decir. Cuando aterrizó el avión en mi país, me vino a recibir un racimo

de viejos pelados con trajes que me regalaban flores, y a mí no me daban los brazos para agarrarlas a todas. Pensé que me desmayaba, pero Cintia, una compañera, me sostuvo la cabeza todo el trayecto hasta el hotel. Le dije que gracias. Le conté de vos. Que no te conozco, pero que te escucho todo el tiempo y que el mundo espera tanto de mí como de vos. Me hicieron reportajes. Dije que no es mi culpa haberme sacado un diez. La gente me mira, se ríe, se mea en los pantalones. Una periodista me preguntó: “¿Crees que es posible para una niñita volar?” Y me dieron ganas de mandarla a la mierda. Creo que te quiero; no te conozco, pero te escucho y se me infla el pecho como si escuchara el Himno Nacional. Tuya,
Nadia.

Teodora cuenta su respuesta.

TEODORA. — Hola chica del Este: Me enteré por TV Mundo que estarás en Buenos Aires la semana que viene. Que venís solamente para que la gente te vea un poco de cerca y te saque fotos. Me encantaría poder ir a la Rural ese día, pero será imposible; a la noche habrá recital y siempre que pasa eso tengo que quedarme el día entero adentro de mi casa para escuchar lo que sea que baje, eso que te conté de la voz fantasma, cualquier cosa que me pueda decir. En realidad, te escribo esta nota porque me gustaría invitarte a mi casa. ¿Te gustaría conocerme? Tengo plantas de interior, un padre mudo y Yuri, un amigo con trastornos de alcoholismo que sobrevive como traductor del ruso.

Si no te animás, lo voy a entender. Quizás las expectativas nos hagan explotar por los aires sin ninguna gracia, como si no fuéramos algo memorable.

Pero a mí me gustaría verte.

¿Jueves, viernes?

Más besos,

Teodora.

8. LA CANCIÓN

Teodora y Chica Nadia están enfrentadas. Se miran de arriba a abajo. No pueden creer lo que ven.

TEODORA. — ¡Traje música y birras!

Teodora pone PLAY. Suena canción de Diosque. Teodora le ofrece cerveza a Chica Nadia. Ella acepta. Beben del pico. Se miran profundo. La música pide pista. Chica Nadia se levanta y hace unos pasos sueltos. Teodora la mira y la imita. Por un momento, parece que saben lo que hacen. Cuando se descubren, vuelven a la pausa. A mirarse profundo. Nika y Nadia hacen lo mismo, pero comiendo un chocolate. Cuando la canción termina, Nika y Nadia desaparecen, nos quedamos con el pasado.

CHICA NADIA. — ¿Es una banda de acá?

TEODORA. — Sí, están creciendo de a poco.

CHICA NADIA. — ¿Llenarán estadios igual que vos?

TEODORA. — Seguramente. Son buenos aunque no los escuche nadie.

CHICA NADIA. — ¿Me lo regalás?

TEODORA. — Pero no hice una copia.

CHICA NADIA. — Podés cantártela.

TEODORA. — Siento que si te regalo mi canción preferida te estoy dando todo de mí.

CHICA NADIA. — Puedo darte un redondel dorado que es todo lo que tengo.

TEODORA. — ¡Pero no suena a nada!

CHICA NADIA. — Es sagrado. Te lo colgás entre la piel y la remera.

TEODORA. — Lo voy a pensar un poco.

Chica Nadia, de todos modos, se saca una medalla y se la pone a Teodora adentro de la ropa. Entra Yuri. Saluda con la mano. Se quedan parados un rato mirándose fijo.

TEODORA. — ¿Qué haces acá?

YURI. — ¿Cómo qué hago acá? Nos íbamos a juntar a corregir.

TEODORA. — Venías más temprano... *(A chica Nadia.)* Es tímido, se llama Yuri.

CHICA NADIA. — Me gusta ese nombre. ¿Qué es eso?

YURI. — Un aerosol.

TEODORA. — Yuri pinta paredes.

CHICA NADIA. — ¿Sos artista?

YURI. — Hago pintadas en la vía pública, necesito difundir mi trabajo con anuncios callejeros. Soy traductor.

TEODORA. — Yo conocí su teléfono en la guía. Pero también pone anuncios callejeros.

YURI. — Yuri Nóvikov: Descendiente directo. Prometo traer palabras del ruso al español de forma literal. Horarios a convenir 4687-2951.

¿Van a quedarse todo el día adentro? Afuera va a haber una movilización a las cinco de la tarde desde el Obelisco a la Plaza de Mayo.

CHICA NADIA. —¿Podemos ir?

YURI. —Yo voy.

TEODORA. —A mí me dan terror las agrupaciones.

YURI. —Nació apolítica.

TEODORA. —No, nací miedosa.

YURI. —¿Qué hacen tomando? Son menores. ¡Además esas birras son mías!

TEODORA. —¿Menores que quién?

YURI. —Mirá lo que dijiste la última vez: “Naturalmente mi presente busca florecer de a dos”. ¿Vos sos la chica del Este que salta y hace fuerza con los brazos? ¿La de la tele?

TEODORA. —Sí, no le digas así.

YURI. —Un gusto en conocerte. Teodorica es fanática tuya.

TEODORA. —Ahora me llamo Nika, por la poeta rusa que se tiró de la ventana. Me lo puso ella el nombre.

YURI. —¿Cómo?

CHICA NADIA. —Sí, Nika Turbina era una poeta ucraniana que escuchaba voces. A los ocho ganó un premio de poesía. Una grabación de ella recitando vendió más de 30.000 copias en la Unión Soviética. Pero a los 27 atravesó una ventana y ¡pum! ¿Estuve mal?

YURI. —No. ¿Te gustan los Roxy Music? ¿Los Psychedelic Furs?

CHICA NADIA. —No escuché mucho.

YURI. —Ah... Nada como Richard Butler moviendo la pelvis bajo la lluvia en el video de Heaven o en la cúpula del escenario del teatro Empire. Los vi el año pasado y casi me desmayo. Eso sí es

un recital, no como lo que hace la alterada *teenager* que tengo acá al lado.

TEODORA. —Se pone cizañero cuando toma.

YURI. —Soñé algo rarísimo. Estábamos nosotros tres en un lago negro. Yo a vos no te conozco, pero de tanto verte en la tele te me apareciste. Lo raro es que nos fuimos a la infancia. Como todo sueño era sin colores. Las pieles nos brillaban. También estaba Rolo, un compañero de la secundaria. Lo tengo que llamar a ver en qué anda... (*Silencio.*) Entonces ahora sos Teodora o ¿Niki?

TEODORA. —Nika.

YURI. —“Nika y los fantasmas”. ¿Para tu LP puede andar, no? Te dejo acá los firuletes que dijiste esta mañana. Espero puedas armar algo presentable para el viernes a la noche. Ya están las localidades agotadas.

CHICA NADIA. —Sos un éxito.

TEODORA. —Una desgracia.

YURI. —Bue. Me voy a caminar encolumnado. Sacaré fotos. Voy a escupir sobre las cabezas de algunos polis y a tirar piedras. Deséenme suerte.

CHICA NADIA. —¡Suerte!

TEODORA. —Suerte.

Yuri sale. Chica Nadia y Teodora se miran.

TEODORA Y CHICA NADIA. —¡Ay Dios, Dios! Que no deje de durar la noche.

9. ELIPSIS DEL FLECHAZO

Teodora lee a Chica Nadia.

TEODORA. —Chica majestuosa del Este, seré breve. Intentaré entonces no durar más de lo que dura tu cuerpo en el aire. Te estuve mirando con lupa otra vez. Decime, aunque sea en una carta chiquita, lo que pensás en ese preciso momento en que te convertís en trompo y girás. Por último, te digo, lo que me gustó de vos no es tu perfección. Un diez es algo un tanto frívolo. Lo que me gusta con la fuerza de pulverizar mis huesos es que hayas detonado el sistema (...).

GIMNASTA. —Permiso. Gracias.

TEODORA. —(...) que hayan tenido que volver a inventar todo porque no entrabas en una máquina. Cuando digo que tu imaginación fulminó las expectativas me refiero a eso de que las máquinas de puntuación de las olimpiadas no habían sido diseñadas para un número de dos cifras, simplemente quien inventó la máquina pensó imposible que alguien acceda a la perfección y vos fuiste la primera en alcanzar ese 10 redondo que llegó a romper lo normal. Antes de vos, el mundo era limitado. También me gustó el color de tu ropa y la colonia con olor a campo de otro continente, a ganado, a ovejas, a fábrica textil. Tu mirada al borde del llanto y tus palabras frías, todo eso a la vez, como un centrifugado de lavarropas. Me apena tu pasaje tan rígido. Yo te hubiera prestado un colchón. ¿Realmente disfrutás tanto volar en avión? ¿No pensás en escapar de todo eso?

Dale, Chica Nadia, seamos de nadie, como los animalitos en extinción.

Y ahora viene el momento preciado en el que firmo con el nombre que me regalaste. Con ese pequeño nombre que me diste como piña.

Ahí va:

Para siempre tuya,

Nika.

10. SUEÑO VACÍO

Entra la atleta. Arma su posición sagrada. Está a punto. Primero hace el salto en la cabeza. Antes de lanzarse, algo se pierde. Un corte. La interferencia se lleva puesto el movimiento. Vacío.

11. ARTISTAS

NADIA. — ¡Entonces sí que sos artista!

YURI. — La verdad que no, pero gracias. ¿Conocés Córdoba?

NADIA. — No. ¿Es en este país?

YURI. — Ahá. Hay ríos para pescar pejerrey y piletas de agua dulce.

NADIA. — Sólo conozco las piletas olímpicas.

YURI. — Voy a ir con unos amigos la semana que viene. Migue está mal del corazón.

NADIA. — ¿Problemas cardíacos?

YURI. — No. Mal de amores. ¿Nunca te pasó?

NADIA. — No tuve tiempo.

YURI. — Es horrible. Y cuando le pasa a un amigo no sabés bien qué consejo dar. Yo estuve como cinco años sin poder decir te quiero.

A nadie eh, ni a mis perros. Yo creo que ahora sí ya estoy listo para que me pase algo lindo otra vez. Te quiero. ¿Me sale bien, no? Yo te vi en la tele y quería decirte que no te sobreexijas. Cuando encontrás personas reales, ahí realmente conocés el vértigo. Lo otro es técnica y robótica.

Yuri salta contra la pared.

NADIA. — ¿Es tu firma?

YURI. — Sí.

NADIA. — Me gusta.

12. SUEÑO VACÍO

Entra la atleta. Arma su posición sagrada. Está a punto. Primero hace el salto en la cabeza. Antes de lanzarse algo se pierde. Un corte. La interferencia se lleva puesto el movimiento. Vacío.

13. TELEGRAMAS

Chica Nadia lee un telegrama.

CHICA NADIA. — Nika, usé la lapicera que me regalaste como tinta de mi sangre para este telegrama. No quiero olvidarme de la cortesía y decirte que tenés razón: el dulce de leche granizado de tu barrio es el mejor que probé en años.

Compito la semana que viene. Deseame suerte con cucuruchos.

Tuya,

Nadia.

Teodora lee un telegrama.

TEODORA. —Chica Nadia, en mi cara quedan los redondeles vacíos, se me saltan los ojos para afuera por leerte y saber que rolás en el aire. Voy a comer helados en tu honor. No dejes de escribirme, por favor. Me hacés falta.

Chica Nadia lee un telegrama.

CHICA NADIA. —Rápido como un secreto: en la cena del hotel, usé el mantel de taparrabo y me hundí en el tiramisú. Estoy lejos, el dulce me levanta el ánimo.

Teodora lee un telegrama.

TEODORA. —Chica Nadia, voy a ser breve. Me parece bien que sepas que desde que te fuiste, hace nueve noches y una siesta que sueño con vos. No sé qué podrías hacer con esta información, pero me sigue pareciendo bien.

Tuya,
Nika.

Chica Nadia lee un telegrama.

CHICA NADIA. —Nika, siempre tan exacta. Me gustaría preguntarte qué soñaste pero prefiero imaginármelo. Aunque esté lejos te percibo, sobre todo ahí cuando amanece o en ese humo livianito de las fábricas del Este. Te extraño y, a veces, eso es lo único que importa.

Tuya,
Nadia.

Teodora lee otro telegrama.

TEODORA. —Nadia, escapemos. Puedo robarle el Citroën a Yuri, lo usa a gas. Cargamos un tanque y agarramos la Ruta 8.

Tuya o de nadie,
Nika.

Chica Nadia lee un telegrama.

CHICA NADIA. —Hola. La hora después a que nos vimos parece la hora central de mi vida. Pero no sé si voy a poder, tengo que entrenar duro, es lo que más me gusta hacer.

Teodora lee un telegrama.

TEODORA. —En la tele que veo a diario apareció muerta la primera mujer en encender la llama olímpica. Pensé en vos. Por favor, vos no mueras

Teodora lee un telegrama.

TEODORA. —Nadia, decime, en un escapate de tu rutina, ¿me convertí en la mejor amiga de un fantasma?

Teodora lee un telegrama.

TEODORA. —Chica Nadia, hace más de cuarenta y siete días que te mandé una carta y no me respondiste. No creo que haya huelga de carteros. Que yo sepa las huelgas salen en televisión o por radio y yo no escuché nada.

Qué pena, qué bronca, qué bronca y qué pena.

Tuya,

Nika.

Teodora lee un telegrama.

TEODORA. —Debí imaginarme que solamente tenías cara para mentir. Eso de “no responder nunca más” no lo hacemos nosotras. Nosotras somos mejores.

Te tengo mucho amor y mucho fastidio,

Nika.

TEODORA. —Te fuiste.

Igual tuya,

Nika.

13. MEDALLAS

En el Infotrans se lee Himno a mi corazón, el poema de Nika. El espacio está vacío. Solo vemos letras que recorren el mundo digital. Entra Nika, se besa la medalla como una futbolista mira al cielo antes de patear un penal. Se prepara en su atril y entra Nadia. Nika la mira. Nadia moja sus manos en el polvo de resina. Hace movimientos en cámara lenta, ensayando o recordando una rutina deportiva. Nika no deja de mirarla, igual a cuando la miraba por TV.

NIKA. —¡Nadia! Dale, te escuchamos.

NADIA. —Me da vergüenza creo.

NIKA. —¿Es broma, no? Sos una figura mundial.

NADIA. —Era.

Las dos miran a público.

NADIA. —¿Se van a quedar ahí toda la noche?

NIKA. —La eternidad del fan. Además vinieron a escuchar poesía.

Nika recita en ruso.

NIKA. —Dale, Nadia, si vos escribías... *(Al público.)* Ella escribía. Tenía un cuaderno de competencias y ahí escribía. *(A Nadia.)* Recitá algo de lo que escribías.

Nadia respira hondo cerca del micrófono y al escuchar su respiración amplificada se asusta. Duda. Luego junta valor y finalmente recita.

NADIA. —Tengo miedo de que un pie se me doble y pasar vergüenza. Contengo la transpiración porque no es de atleta sudar. Adentro tengo mil litros que quieren romperse. Voy a transpirar ahora todo lo que no pude transpirar antes. Una revancha de mi humanidad. Transpiro por los ojos, por los codos y por las nalgas. Una multitud de gotas se hace eco en el centro de la plaza de mi frente. El agua me puede hacer caer de la viga, pero yo hago mi truco con todo lo que tengo, no es un recorte para el teleshaw. Tengo los isquiotibiales temblorosos. Tengo que estirar a conciencia. Tengo que poder comer un

pebete de queso y tomate tranquila. Tengo que rechazar los peligros como rechazo las canciones infantiles. Yo hice geometría en el aire y eso me gustó.

NIKA. —(*Se lo dice a Nadia, pero está frente al micrófono y su voz sale amplia.*) Disculpáme, pero me cuesta escucharte. Igual te aplaudo.

Nika aplaude y le habla al público.

NIKA. —La miro y no puedo olvidarme de que se fue de un día para el otro por sus rutinas de piso y me dejé colgada en un perchero como un gamulán agujereado. Eso no se hace. Deberían haberte educado mejor, no solo de destreza física vive la gente.

NADIA. —No entiendo si me estás haciendo una broma.

NIKA. —No hago bromas yo, no sé usar la ironía. Soy demasiado literal, vengo fallada.

NADIA. —¿Querés que te traiga otro chocolate?

NIKA. —(*Grita.*) ¡Quiero que te calles un ratito!

Todo se apaga. Queda Nika sola frente al micrófono. Hace sonidos y gestos como de gato. Se escucha en todo el estadio.

14. LÁGRIMAS

Yuri cambia de canales en la televisión. Teodora está hecha un bollo en el suelo.

YURI. —Llorar sirve mucho en estos casos.

TEODORA. — Hay gente que se quedó ciega por llorar demasiado.

YURI. — Eso no es posible.

TEODORA. — Lo leí en un magazine de salud mental.

YURI. — No dije llorar demasiado, tal vez solo un ratito. Te abrazo y te digo que todo va a estar bien. Armamos la típica escena del desengaño y después preparo un arroz o unos fideos. Vemos una película de acción, autos chocados.

Yuri sigue cambiando de canal.

YURI. — No encuentro nada que valga la pena.

TEODORA. — Necesito saber si volver estará en sus planes.

YURI. — Nunca vuelven.

TEODORA. — Gracias. Eso no me ayuda. Tengo ganas de romper algo.

YURI. — Hacerse mala sangre por alguien no es propio de tu edad.

TEODORA. — ¿Y qué sería propio?

YURI. — No sé, hacer la vuelta carnero. Comer un alfajor triple.

TEODORA. — Yo creo que la infancia huyó de mí.

YURI. — Cuando te ponés profunda me siento un poco tarado.

TEODORA. — Quisiera un trago de alcohol.

YURI. — Desvariás.

TEODORA. — Yuri, creo que podría hacer algo malo esta noche.

YURI. — Tenés pocos quinceaños, ¿qué podría ser tan malo?

TEODORA. — ¿Vivís en paz con tu cabeza?

YURI. — Me gustaría decirte que sí, pero prefiero ahuyentarme con música y birra.

TEODORA. — ¿Y una niñita de mi edad qué debería hacer?

YURI. — No digas “niñita”. Hablá normal.

TEODORA. — Bueno, ¿qué debería hacer una mujer en proceso?

YURI. — Hacés muchas preguntas que no puedo responder.

Yuri encuentra una película en cable. Es Alien 1.

YURI. — ¡Esta!

TEODORA. — ¿Qué es?

YURI. — La vi más de tres veces. Es sobre Ellen Ripley, una mujer que viaja en una nave a la deriva y un extraterrestre se enamora de ella y la embaraza de un Alien Reina, entonces ese romance obligado de babas y colmillos, se perpetúa y ella se desmorona porque no tiene escapatoria. Tiene un monstruo en la panza y debería aprender a quererlo.

Teodora y Yuri miran la TV. Están sentados juntos.

TEODORA. — Entiendo el espanto.

YURI. — Podrías empezar a entender otras cosas.

TEODORA. — Yuri, creo que podría hacer algo malo esta noche.

YURI. — Shh, callémonos un poco. Yo soy tu amigo. Ahora escuchemos cómo hablan los otros.

Teodora y Yuri miran la TV hasta que se apagan.

15. CUARTO SUEÑO DE TEODORA

Otra vez la luz se tiñe, opaca y violácea. Tres gimnastas idénticas aparecen en el espacio con una fuerza invencible. Avanzan y son temerarias, corren sin parar, parecen triplicarse por ahí. Transpiran y se agitan, suben, bajan,

voltean. El sonido ensordece y retumba en las paredes hasta que genera un pitido insoportable. La imagen es linda al ojo hasta que no. Hasta que genera el encierro de la claustrofobia. La respiración se entrecorta y tiene poco espacio. Las gimnastas están agotadas. Se desploman en el suelo. La resina les borrona los cuerpos.

16. EL PRESENTE BUSCA FLORECER DE A DOS

NADIA. — ¿El poema habla de mí?

Silencio. Se miran, dejan de mirarse. Nadia vuelve a mirar a Nika.

NIKA. — Sí.

NADIA. — Tardaste en decirme algo simple.

NIKA. — Me enredo.

NADIA. — ¿No vas a decir nada más?

NIKA. — Tengo un sinfín de síes para vos.

NADIA. — Dale. Te enojás. Prendés fuego tu casa. No aparecés más. No dan las frasecitas en este contexto.

NIKA. — Viniste veinte años más tarde a hacerme un reproche vos a mí. Ok.

Nadia se para, empuja a Nika del podio y después da un pequeño salto. En el piso, las dos. Silencio. Los cuerpos se chocan.

NADIA. — ¿Qué te pasa?

NIKA. — ¡Lejos! Si fuéramos dos planetas podríamos chocar hasta convertirnos en polvo.

NADIA. —Pero cuando somos estas dos, menos galácticas ¿nos damos un beso?

NIKA. —Te debo el cassette con la canción de Diosque, no sabía que ibas a venir y no lo llevo siempre encima para todos lados, sino te lo daba, te juro.

Nadia le da un beso a Nika. Es un beso simple, pero ridículamente duradero.

NADIA. —Gracias.

NIKA. —Bueno, gracias también.

Nadia y Nika se quedan en un silencio que dura un rato ridículo. Nika busca la mirada de Nadia pero no es al revés.

NADIA. —Voy a buscar otro chocolate.

NIKA. —No tientes a la diabetes.

NADIA. —Callate.

Nadia sale corriendo; con su corrida, la aparición de las atletas, de Nadia y Nika del pasado, hasta Yuri aparece. Corren. Corren por la cabeza de Nika de forma errática. Nika en silencio. Una canción dice: "Ahora caigo en la cuenta de que ella solo tenía cara para mentir." Y la repite varias veces. Parece que suena solamente en la cabeza de Nika, pero no.

17. CARTA DE LA TIMIDEZ

Nadia lee la carta que le escribe a Nika.

NADIA. —Te pido perdón. Hice la gran: querida, voy a comprar chocolates y vuelvo. Me agarró ansiedad, la puerta del teatro era giratoria y me fui porque estaba servido, parecía fácil. ¿Sabés que huir y saltar alto son bastante la misma cosa? Líder en evasión. Me tomé el 59 ramal 2. ¿Soy una porquería, no?... No. Tuve la sensación de que te quedaste mal por mí y me pareció una confusión absurda. No tengo la lapicera que me habías regalado, pero no importa, puedo usar cualquier otra, escribirte un mail y llegar a vos de cualquier forma. No imaginaba que podía ser importante para alguien. Tal vez tenga baja la autoestima. No sabía que me podías importar. Es cierto que me pasé toda la infancia haciendo flic-flac mientras te escuchaba en un idioma fantasma decir. Te idolatré, entonces te puse ahí arriba con los frutos del cielo. Vos sabés decir todo tan bien y para mí hablar fue siempre una limitación, como si mi lengua tuviera una traba ancestral. Entonces, cuando te conocí me volví más tímida. Más tímida para afuera y más completa, más gozosa para adentro. Las dos veces que nos vimos pensé: ahora es el momento en el que podría volverme más amorosa y acariciarte. Pero hablamos tantas veces que el amor romántico nos parecía una abstracción que decidí concentrarme en lo mío y crecer. Nuestras cartas fueron la raíz más fuerte. Tu cuerpo y mi cuerpo se encontraron así, en el mundo de los fantasmas. Eso es feo. Eso es lindo. No sé. Lo real es que nos estuvimos hablando todo este tiempo y me honra. Hablamos las dos y hablamos solas. Qué curiosa es la amistad, ¿no? Les voy a contar a mis mellizas de vos. Te conocen porque te googlean o leen tu perfil de Wikipedia. Les voy a hablar de vos. Te voy a militar siempre.

18. FIN

*Entra Nadia o un cuerpo sensible. Prende el micrófono. Dice: "Hola".
Queda un eco de silencio. Después, carraspea y con la voz canta Himno
a mi corazón.*



**EPÍLOGO:
UN BONUS TRACK**



En el ensayo general de ¡Recital Olímpico!, dos días antes del estreno, les comunican a las directoras que se posterga la función para el 31 de marzo. Esa misma noche Eugenia viaja a Miramar y Camila se queda en su departamento de Chacarita. Se vuelven a ver recién para el estreno de la obra el 6 de marzo de 2021, un año después. Durante las primeras semanas de incertidumbre, Camila y Eugenia se mandan estos mails que después abandonan:



MARZO 2020

Jueves 12

Cami, ya sabés esto que te voy a decir. Necesito escribirlo para poder leerlo y que entonces entre en mi sistema cognitivo de alguna forma: se pasó el estreno de nuestra obra para el 28 de marzo. Estábamos a un día de estrenar. Unito nada más.

E.

Jueves 19

Cami, te escribo otra vez un jueves. Casualidad o me quedé tildada en el día del ensayo general. Te quería contar que, como ni siquiera podemos ensayar, me quedo en Miramar. Andrés consiguió las llaves del departamento con ventana al mar. Nos fuimos a ese bunker. Amelia está por cumplir un año y quiere caminar. Sin hablar me habla de lo que continúa.

E.

Jueves 26

Cami, ya estamos cerca del 28. Pero no. Hoy tampoco vamos a estrenar. Hoy tampoco. Me quedo en el Atlántico.

E.



ABRIL 2020

Jueves 2

Euge,

Me acuerdo de la única función que hicimos, que fue ensayo abierto con veinte personas, la palabra coronavirus era nueva pero monstruosa. La función fue maravillosa porque creo que inconscientemente sabíamos que iba a ser única en mucho tiempo. Quiero decir que irradió como si fuera una temporada entera en una sola función. Cuando salimos saludamos a los amigos pero estábamos idas. Vos te fuiste rápido con el cochecito cerrado de Amelia. En un taxi que te dejara rapidísimo.

C.

Jueves 9

Cami, hace 5 jueves vos estabas con la carita de triángulo blanco, mirando con los ojos dados vueltas, no sabiendo cómo se hace para no abrazar de un día para el otro. Nos sentamos en la fila de atrás, con Gabi y Nadia. En la oscuridad nos buscábamos la vista entre las cuatro, nos cruzamos y lo que

pasaba en el escenario era todo lo que habíamos querido ver alguna vez, desconocido e íntimo.

E.

Jueves 16

Hola Eu, querida. Me gusta lo del triángulo blanco. Me amiga con la geometría. Fue lindo que estemos todas juntas viendo nuestra obra desplegarse, quiero decir, todas sentadas ahí detrás, al lado de la cabina de los iluminadores. ¿Qué tranquilos todos ellos, no? A mí me costó muchísimo concentrarme, incluso en Recital Olímpico, sabiendo que se venía un desorden mundial. Que nos tocaba a nosotras y al resto del país. Pero ahí los actores y las actrices descansando el tiempo presente y convirtiéndolo en correspondencias, canciones y gimnasia artística. Si te dijera que tengo urgencia porque la obra vuelva te estaría mintiendo. Un poco siento que la obra era esa, que lo que sea que venga después, será otra cosa. Pero no sé.

C.

Jueves 23

Cami, no sé cuál es la obra. Mejor: no sé a dónde podemos ir a buscarla. Cuando miro por la ventana la urgencia parece saltar a otro idioma. Mirar el océano tiene eso de desconcertante y familiar. Puedo fantasear con que antes de pararme a mirar no había nada y que el silencio es la única catástrofe.

La ventana de nuestro departamento da a un desfile de vacíos:



E.

Jueves 30

Euge,

Me vine a vivir a la casa de mi hermana mayor, Tamara. Con ella y con mi sobrina, Catalina. La idea de seguir encerrada sola en casa me estaba haciendo un daño que no conozco. Algo que me asustó. Acá estoy bien. Me tomo la temperatura todos los días igualmente. En general, le cuento estos detalles a la gente para hacerla reír y para reírme un poco de mí, con ellos. Pero este tiempo, esa ecuación no me está funcionando.

Anoche oí varias ambulancias. Pensé en *En lo alto para siempre*, nuestra obra anterior. Nuestra primera conquista. En qué ganas de subirme al techo de la casa y atrincherarme ahí.



C.

MAYO 2020

Jueves 7

Querida Eu,

M. me dijo que probablemente vuelva del Sur. Se sacó un pasaje en micro. Son como doce horas sentado con un barbijo puesto en la boca. Por suerte no le afecta para nada. Dice que dormirá. M. tiene el sueño más fácil del mundo. Apenas inclina la cabeza se le relaja todo el cuerpo. Es como un cuerpo de juguete, como esos muñecos que los acostás y automáticamente se les bajan los párpados y simulan perfectamente eso de estar idos mientras uno les canta.

Desde la casa de mi hermana se oyen muchas ambulancias. Vivimos a metros del Hospital Español. Ayer Catalina, mi sobrina, se puso a andar en rollers por el pasillo. La imagen más clara que tuve del encierro, tal vez en mucho tiempo.

C.

Jueves 7

El jueves a esta hora pienso que todo se detuvo. Menos mi hija. ¡Hoy se largó a caminar!



JUNIO 2020

Jueves 4

Eu,

"Yo no sé cómo se ven las cosas desde tu interior y tú no sabes como se ven desde el mío. Un gran libro (o película) me permite saltar ese muro: al entablar una conversación profunda y significativa con otra conciencia, me siento humano y menos solo" (David Foster Wallace).

C.

Jueves 11

Eu,

Llegó M. del Sur. En unos días me voy a vivir con él y con la gata. Los misterios de esta pandemia. Pienso en Nadia y en Nika, ¿qué harían ante una situación así? Correspondencias atravesando campos y cielos plagados de virus. Pero claro, ahora tenemos Internet. Qué poco romanticismo. Me gustaría que estrenemos esta obra a cielo abierto, como se hacía en la Antigüedad, y lloremos abrazados y abrazadas de emoción por haber tenido que atravesar tantos obstáculos para finalmente tenernos ahí, todos juntos, aplaudiendo en el final y saludando al público agachando las espaldas.

C.

Jueves 25

Eu,

Es lindo vivir en la casa de M. Extraño un poco a mi hermana y mi

sobrino. Sobre todo cuando huelo el *Off*. Aunque en esta época ya casi no hay mosquitos, yo sigo haciendo todo lo posible para no pescarme dengue. Me gusta la idea de la pesca en alusión a la enfermedad. Como si esa caña estuviera siempre puesta y en algún momento, lamentablemente, zas, viene la bacteria y se instala.
C.



JULIO 2020

Jueves 9

Euge, perdón que te escriba tanto.

Mis amigos y amigas están empezando a salir mucho más.

Caminan, se juntan en plazas y parques. Fuman tabaquitos sin barbijo. Se tiran el humo en la cara. Se ríen. Hablan fuerte.

Todas las prohibiciones juntas en las personas que más quiero.

No sé cómo afrontar eso. Solo me sale alejarme. En esa lejanía no hay nada. Estoy sola. Tampoco está mal. Pero un animal que está solo se come a sí mismo, dice Sara Gallardo, y quizás tiene razón. Qué dilema.



C.

Jueves 16

Querida amiga,

Son días muy difíciles. Ya no pienso tanto en eso de volver a lo de antes. Eso quedó demasiado lejos. Lo que pase ahora será otra cosa, no habrá relación alguna. Lo que antes era sencillo ahora es caótico. Me duele la cabeza hace cinco días. Telma y M. se hicieron amigos. Me gusta mirarlos tomar sol en la mañana aunque se me parta el cráneo en pedacitos.

Entre todas las cosas que pienso a diario, porque no hago otra

cosa que pensar y leer, se me cuelan imágenes de nuestra primera y última función de *Recital*. El público espaciado, el alcohol en gel, los abrazos tímidos, la obra derramada sobre el escenario.

¿Cómo será pisar de nuevo ese suelo alfombrado del Teatro Sarmiento?

C.

Jueves 23

Cami, ¿qué les dirías a las actrices de nuestra obra?

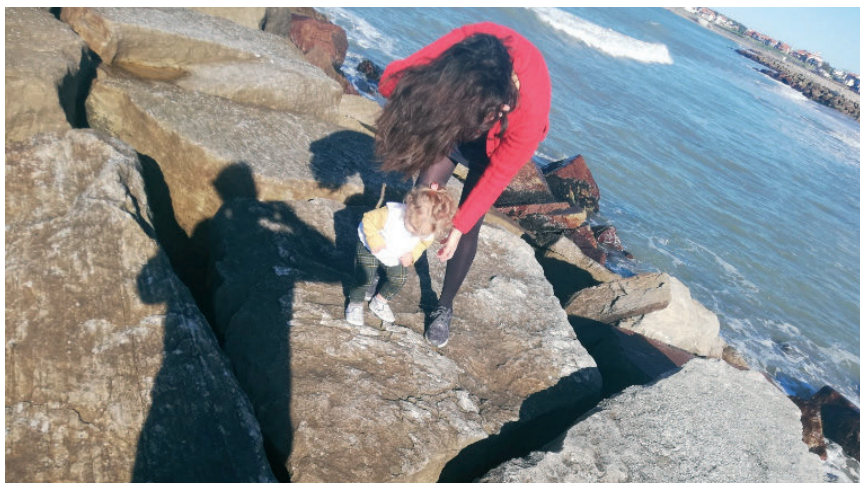
Jueves 23

Qué difícil porque no sé bien qué les diría. Perdí la pasta de entrenadora o motivadora con toda esta pandemia. Creo que la única opción que nos queda es apelar al recuerdo colectivo y ver si podemos rearmar todas las acciones de la obra. Me da vértigo pensarlo.

C.

Jueves pandemia

Estamos acá. Mirá. Esto me pone de buen humor. Me saca de contexto y me pone de buen humor. El mar frío tiene eso de sintonizar, no sé. No hay mucha cháchara que hacer. A veces estoy triste y vengo a que el mar me ubique. Es una droga, el mar. Te pone en una. Y yo necesito que me coloque en ese estado sensible, me destapa los oídos, puedo estar atenta sin ahogarme.



AGOSTO 2020

Jueves 6

Euge,

Estoy leyendo *No leer*, de Zambra. Me gusta todo, todo el tiempo. Hace mucho no sentía eso del gusto.

ritmo, la postergada música de la narración.

En su ensayo *Una historia de la lectura*, Alberto Manguel recuerda que la lectura silenciosa se asentó recién en el siglo X, pues hasta entonces se entendía que leer era leer en voz alta, al punto de que en la Antigüedad las bibliotecas eran espacios bulliciosos. Se creía que el hecho de leer comprometía a la vista y al oído, por lo que la imagen del lector aislado era impensable e incluso comunicaba un misterioso egoísmo.

Hay belleza, para nosotros, en cambio, en la imagen del lector solitario. Recuerdo a un compañero de curso que iba en las tardes a la Biblioteca Nacional no para leer sino para mirar a los demás leyendo. A

Jueves 13

Cami, yo tuve un pensamiento peligroso, quiero decir, que me atemorizó: saber hacer la obra pero que pese más de mil toneladas. Lo digo porque empezamos esta obra para eso, sino lo pondría abajo de la alfombra y me iría a caminar.

¿Cuál es el pensamiento que más te atemoriza?

E.

Jueves 20

Euge, tengo ese mismo pensamiento recurrente y no solamente con la obra. La sensación, tal vez pecho de prematura, pero de tener que aprender cómo se hace lo que antes era automático. Por eso me gustaría aprender a manejar un auto después de esta pandemia, para tener acceso a algo muy elemental que no se me va a olvidar fácil.

Busqué WhatsApps de marzo: no sabíamos nada. El miedo más grande era que tuviéramos que posponer el estreno de *¡Recital Olímpico!*

C.

Pandemia

Cami, como todo el resto de los encerradxs, me puse a hacer pan, tortas, teatros en cajas de cartón. De todas esas actividades la que más me entusiasma es la de germinar. Mirá cómo se impone el crecimiento, la vida, el futuro de la palta:



Jueves 27

Cami,

¿Qué se le dice a los actores y a las actrices después de un silencio ríspido de tantos meses? Podemos agarrar el hilito que


quedó suelto ese jueves de marzo y tirar suave pero tenaz para que sin desarmar el tapiz encontremos la punta del cable pelado y la peguemos con cinta profesional a la punta del cable pelado que nos sale del pecho en el futuro.

Entre tanto imagino que podemos estudiar juntas las leyes del tránsito, me gustaría volver a tener licencia para conducir. Y poder agarrar un auto, salir sin más.

E.

SALTO DE FE

Octubre de 2023 - Primera edición



“Pero es allí, cuando la palabra no alcanza para hablar el dolor, en donde aparece el cuerpo, más precisamente la danza, para evocar lo que no se puede nombrar. La danza como expresión atávica, como manifestación previa a todo pensamiento o concepción intelectual del mundo, es la fuerza que impulsará la necesaria catarsis que libere a los personajes de todo el peso que les impide entregarse de manera irrestricta a la fuerza de gravedad. Y así, más livianos, rendirse a la caída como gesto contrario a cualquier renuncia, como un gesto celebratorio, como ritual colectivo”.

Como bien señala Maricel Álvarez en este fragmento del prólogo, lo que hay en estas obras es el acceso a un momento fundacional del teatro: la catarsis, la identificación con lo que está aconteciendo. Y esto sucede, y no puede explicarse. Y es aquí, en esta zona donde lo emocional y lo afectivo se evidencian, donde irrumpe lo humano más puro, lo primitivo con sus propios rasgos y con sus propias texturas. En definitiva, éstas piezas componen una partitura fascinante para la celebración del ritual más arcaico: el del teatro en toda su expansión.